

CRISTIANDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

SAN JOHN HENRY NEWMAN, DOCTOR DE LA IGLESIA



Año LXXXII- Núm. 1133 Diciembre 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	29	Orientaciones bibliográficas <i>Marc Samartino</i>
5	Aproximación a la vida de san John Henry Newman, doctor de la Iglesia <i>Miguel Jiménez de Cisneros</i>	32	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
9	¿Qué nos puede enseñar el nuevo doctor de la Iglesia, san John Henry Newman? <i>Jorge Soley Climent</i>	34	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
		37	Pro beatificación padre Enrique Ramière
13	El Movimiento de Oxford: de espíritu reformista a baluarte antimodernista <i>Pablo Rodríguez</i>	38	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
19	Los «goigs» en la devoción popular <i>Francesc Maria Manresa i Lamarca</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
26	Centenario allende de la mar <i>José María García hnssc</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley/Piero Viganego B.</i>

Razón del número «Creados para conocer la verdad»

«Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas» (Benedicto XVI)

EL pasado 1 de noviembre el Santo Padre León XIV proclamó al cardenal Newman doctor de la Iglesia y al mismo tiempo, con motivo del Jubileo del Mundo Educativo, le nombró patrono, junto con santo Tomás de Aquino, de todas las personas dedicadas a la tarea educativa. Con este doble reconocimiento se ha querido subrayar la necesidad de orientar toda la labor educativa por la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, especialmente en unos tiempos en los que parece prevalecer de un modo casi absoluto una educación reducida a conseguir una competencia con fines utilitarios.

Se insiste en todos los niveles educativos desde la ESO hasta la universidad de un modo desproporcionado en las habilidades profesionales de la educación, como si lo único importante fuera lograr al final de todo el proceso conseguir graduados máximamente eficaces en el engranaje del proceso social-productivo. Esta situación se ve agravada por la situación que vive el mundo actual. Como subrayó el papa Benedicto XVI en la homilía de beatificación del cardenal

Newman: «en nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la Verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas».

Esta fue la preocupación principal de Newman cuando fundó la Universidad Católica de Dublín de la que fue el primer rector. Para él, una universidad católica debía de estar impulsada por un propósito evangelizador. Una enseñanza que quiera reconocerse como tal, tiene que tener como norte orientador de toda su tarea la búsqueda de la verdad en todos los ámbitos sociales y científicos, y por ello mismo, deberá de contemplar la importancia decisiva de abrirse a la fe como aquella luz que necesita la razón humana para poder desplegar todas sus capacidades. De acuerdo con ello, señalaba Newman, la teología ocupará un lugar central en la enseñanza universitaria tal como había

sido en los orígenes fundacionales de esta institución y así permaneció durante siglos.

La marginación de Dios de la vida social y pública ha dado lugar a una degradación de todo el edificio social y, como vemos en nuestro días, a una situación de inhumanidad extrema. Un bien tanpreciado y absolutamente necesario como es la amistad ha sido sustituido por una soledad generadora de egoísmos, depresiones e incluso suicidios, exponente todo ello de esta inhumanidad radical. Paralelamente la marginación de la teología en la enseñanza universitaria lleva consigo a la fragmentación de una enseñanza construida por una suma de especialidades sin el menor asomo de unidad. No es de extrañar que se hable tanto del problema de desmotivación de estudiantes y profesores: esta actitud es fruto de haber perdido el sentido último de toda enseñanza. La razón de cultivar la inteligencia radica en la imposibilidad de satisfacer el deseo universal de felicidad propio de todo

ser humano sin una actitud contemplativa y reflexiva que exige a su vez un buen uso de la inteligencia. La enseñanza con esta tendencia reductora y centrada en la utilidad práctica, ya no aspira a educar las inteligencias y con ello a toda la persona. Se reduce en el mejor de los casos a una instrucción más o menos amplia decorada en muchos casos con una debida erudición.

Newman en una de sus conferencias preparatorias de la fundación de la Universidad Católica de Dublín, publicadas posteriormente en forma de libro, afirma que si se pretende una enseñanza coherente con la fe, no se pueden negar las aportaciones al conocimiento de la realidad que se derivan de tener presente aquello que conocemos por la Revelación: «La doctrina de la Encarnación, ¿no posee a la vez la naturaleza de hecho histórico y de verdad metafísica? Si aceptamos la existencia de los ángeles, ¿no se trata acaso de un conocimiento en el mismo sentido de la afirmación del naturalista de que mi-

riadas de seres vivos podrían coexistir en la punta de una aguja? Que la tierra será consumida por el fuego es, de ser verdad, un hecho tan palmario como que grandes monstruos habitaron sus profundidades; que el Anticristo vendrá es un título de un libro de historia tan apodíctico como que Nerón o Juliano fueron emperadores de Roma; que un divino influjo mueve la voluntad es un tema de pensamiento no más misterioso que el resultado de la volición sobre nuestros músculos, que admitimos como un hecho en filosofía. No consigo entender cómo sea posible para una mente filosófica aceptar, primero, estos hechos religiosos como verdaderos y decidir, luego, ignorarlos»

En la presentación de este número dedicado al cardenal Newman nos hemos centrado en estas reflexiones sobre la educación universitaria porque fue una de sus preocupaciones centrales a lo largo de su vida, y por ello mismo ha sido proclamado junto con Santo Tomás patrono de los que se dedican a la tarea educativa.

Una síntesis entre razón y fe

Newman nació en un tiempo agitado, que no sólo sufrió convulsiones políticas y militares, sino también espirituales. Las antiguas certezas se debilitaban, y los creyentes afrontaban, por una parte, la amenaza del racionalismo, y, por otra, la del fideísmo. El racionalismo implicaba un rechazo tanto de la autoridad como de la trascendencia, mientras que el fideísmo alejaba a la gente de los desafíos de la historia y de las tareas de este mundo, produciendo una dependencia deformada de la autoridad y de lo sobrenatural. En ese mundo, Newman llegó finalmente a una notable síntesis entre fe y razón, que eran para él «como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (*Fides et ratio*, introducción; cf. *ib.*, 74). La contemplación apasionada de la verdad lo llevó a una aceptación liberadora de la autoridad, que tiene sus raíces en Cristo, y al sentido de lo sobrenatural que abre la mente y el corazón humanos a toda la gama de posibilidades reveladas en Cristo.

Juan Pablo II, carta con ocasión del II centenario del nacimiento del cardenal Newman (2001)

Aproximación a la vida de san John Henry Newman, doctor de la Iglesia

Miguel Jiménez de Cisneros Ortiz

«El legado de Newman es una vida entregada a Cristo en la búsqueda y seguimiento de la verdad, de forma incansable e incondicional».

LA vida de san John Henry Newman (1801-1890) discurre en paralelo al siglo XIX, no solo por abarcarlo casi en su totalidad, sino también por el modo en que Newman vivió algunos de los acontecimientos que marcaron dicha centuria. Sea como fuere, lo atrayente de su figura para los lectores de *Cristiandad* residirá, sobre todo, en la santidad de su vida y en la profundidad de su doctrina, motivos por los cuales fue canonizado en 2019 y ha sido proclamado doctor de la Iglesia en la fiesta de Todos los Santos del presente año 2025.

Newman nació el 21 de febrero de 1801 en Londres, en el seno de una familia anglicana, de la cual él fue el primero de seis hermanos. Su padre era banquero, aunque con el tiempo iría a menos hasta quedar finalmente insolvente. Desde pequeño, John Henry mostró una gran inteligencia, sensibilidad y profundidad, que se tradujo en un carácter afable y reservado.

En los últimos meses de 1816 tuvo lugar lo que podemos ver como



San John Henry Newman

un primer e importante hito en su camino espiritual. Se trata de una experiencia progresiva en la cual fue teniendo la certeza de dos verdades inamovibles en su vida: «el pensamiento de dos y solo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi creador». Esta fue su «primera conversión».

A raíz y en el marco de esta experiencia, Newman se acercó a la línea evangelista (protestante) dentro del anglicanismo. Esta línea propugnaba una vivencia más intensa y personal de la fe, opuesta a la deriva materialista y racionalista de un amplio sector del anglicanismo. Sin duda, en este proceso fue decisiva la influencia de Walter Mayers, un joven profesor de la escuela donde Newman residía interno: tanto en la relación personal como a través de diversas obras que dejó al joven, le marcó profundamente en este sentido. De esta corriente se desvincularía Newman años después, al ir percibiendo con claridad en qué medida sus postulados conducían al liberalismo religioso.

En 1817 fue enviado a estudiar a Oxford, perteneciendo al *Trinity College*. Al año siguiente, consiguió una muy disputada beca en dicho *college*, lo que testimonió su talento y aplicación. Los exámenes finales de 1820 no salieron bien (los pasó, pero sin lograr los brillantes resultados que todos esperaban). Le había faltado alguien que le guiara en sus lecturas y una preparación adecuada para el tipo de examen.

Sin embargo, unos meses después, Newman tomó dos importantes decisiones: hacerse clérigo y presentarse a una plaza de *fellow* (miembro) en Oriel. Ser *fellow* daba reconocimiento y manutención. Entonces Oriel era el más prestigioso *college* de Oxford, en cuanto a nivel

académico. Acto valiente por parte de Newman, dados los últimos acontecimientos. El 12 de abril de 1822, después de unas duras pruebas, fue nombrado *fellow* de Oriel: sus esfuerzos fueron premiados.

En principio, los *fellows* estaban unos años hasta que conseguían puestos mejores o que les permitiesen casarse: muchos veían en la condición de *fellow* una oportunidad para medrar. John no fue del todo ajeno a estas inclinaciones. Con todo, había hecho propósito de permanecer célibe, y con el tiempo llegará a desear «vivir y morir siendo *fellow* de Oriel».

Dos años más tarde recibió el diaconado anglicano. Era el 13 de junio de 1824. Aquel día escribió: «Señor, no te pido comodidades, sino que me hagas santo». El 29 de mayo de 1825 fue ordenado presbítero anglicano. Ya el mayo anterior había comenzado a ejercer labor pastoral en la parroquia de St. Clement's, cerca de Oxford, mostrando un gran celo pastoral: en las primeras semanas ya había visitado a toda la feligresía.

En 1826 fue nombrado tutor en Oriel. Buscó renovar la vivencia de este cargo, procurando elevar el nivel intelectual y moral de los tutelados (razón por la cual será privado completamente de éstos en 1830). Breve, la experiencia fue fecunda. Por esas fechas, además, tomó la decisión de leer sistemáticamente a los Padres de la Iglesia, algo que marcaría su trayectoria intelectual y espiritual orientándole progresivamente hacia la Iglesia católica.

En 1828 fue nombrado vicario de St. Mary's, la iglesia universitaria de Oxford. De aquella época son sus sermones parroquiales, que en gran parte de su contenido coinciden con el espíritu más católico. De hecho, los reeditaría años más tarde (1868),

ya en el seno de la Iglesia. Destaca, por ejemplo, su predicación acerca de la Virgen María, también en la etapa anglicana. Veía en la Madre de Dios, como en el pueblo fiel que había combatido el arrianismo, el valor de la fe de los sencillos.

En 1833 realizó un viaje al Mediterráneo, al final del cual enfermó gravemente, pero afrontó la enfermedad con la íntima convicción de que no moriría, de que tenía una misión que cumplir. Ésta llegó poco después. En un clima de paulatina penetración del liberalismo religioso y político en Inglaterra, surgió en respuesta el llamado Movimiento de Oxford, del que Newman fue uno de sus principales líderes. De este movimiento se habla en otro artículo del presente número.

Las cosas no fueron fáciles. Su marcha a la Iglesia católica había condenado a Newman al ostracismo en el mundo anglicano. Desde una óptica meramente humana, lo había perdido todo: prestigio, amistades, familia...

Solo diremos que, como parte de esta lucha en la que se hallaba embarcado, Newman buscó fortalecer la posición de la Iglesia de Inglaterra, sosteniendo la teoría de la vía media, según la cual el anglicanismo era un camino entre dos extremos: el catolicismo y el protestantismo. Para ello buscó argumentos estudiando las raíces del cristianismo, concretamente los escritos de los Padres: recordemos que llevaba años leyéndolos. Ese 1833, de hecho, publicó el libro *Los arrianos del siglo IV*; en 1839 estudió a fondo



Colegio Oriel, Universidad de Oxford

la controversia monofisita; en 1840 salió a la luz *La Iglesia de los Padres*. Además, en algunos tractos (así se llamaban los textos del Movimiento) podemos ver los frutos de este estudio. Pero sin duda, su gran hallazgo fue la convicción de que era la Iglesia romana la verdadera Iglesia católica, la auténtica sucesora de los apóstoles. La vía media no se sostenía.

Todo ocurrió paulatinamente. El tono de diversos tractos, y del propio Newman, se fue alejando de postulados «antirromanistas» y acercando progresivamente hacia posturas católicas. Esto conllevó, paralelamente, un lento alejamiento físico del propio Newman de la vida oxoniense, debido a las tensiones que todo ello empezaba a provocar. Ya desde 1840 empezó a realizar estancias en Littlemore, a las afueras de Oxford. En 1841 se publicó el polémico (por su impronta católica) *Tracto 90*, el último escrito del Movimiento de Oxford. En 1842 Newman empezó a pasar más tiempo en Littlemore. **En 1843 se retractó de sus afirmaciones anticatólicas en el pasado** (*Retractación de afirmacio-*

nes anticatólicas) y se instaló definitivamente en Littlemore; además, renunció a su cargo de vicario en St Mary's (después de catorce años ejerciéndolo). En 1844 circularon rumores de que Newman se había hecho católico, pero no fue hasta octubre de 1845 cuando, después de dimitir como *fellow* de Oriel (el día 3), fue recibido en la Iglesia católica (el día 9 del mismo mes).

En su nueva situación, marchó a Roma (1846) para formarse para el sacerdocio (ya que el anglicanismo había perdido la sucesión apostólica). Fue ordenado el 1 de junio de 1847. Por entonces hizo su noviciado como oratoriano de San Felipe Neri. En 1848, ya de vuelta, fundó el Oratorio en Inglaterra, con dos primeros centros: Birmingham y Londres.

Las cosas no fueron fáciles. Su marcha a la Iglesia católica había condenado a Newman al ostracismo en el mundo anglicano. Desde una óptica meramente humana, lo había perdido todo: prestigio, amistades, familia... Durante años, se le fue retirada la palabra. Estaría décadas sin pisar su querido Oxford («de to-

das las cosas humanas, quizá Oxford es la más querida de mi corazón»). La novela *Perder y ganar*, escrita por él, refleja bien su camino de conversión y lo que ella supuso en este sentido. Pero el título alude igualmente, en el segundo término, a lo que encontró Newman al dar un paso tan importante: la fe verdadera.

En el seno de la Iglesia, la situación no fue mucho más alentadora. A menudo se produjeron envidias, incomprensiones o recelos sobre su persona y postulados. La relación tanto con miembros históricos de la Iglesia como con otros conversos ingleses no fue nada fácil. Con todo, Newman permaneció fiel a Cristo, a la Iglesia y a su jerarquía. Tenía claro que seguía la verdad y que no había errado en el camino. Pasaron años de grandes sufrimientos, pero el consuelo de la verdad encontrada lo mantuvo firme. Con el tiempo, además, llegarían algunos reconocimientos.

En 1851, a petición del arzobispo de Dublín, Newman aceptó ser el primer rector de la naciente Universidad Católica de Irlanda, y tutelar sus primeros pasos. Durante

siete años Newman guió la fundación, afrontando numerosas dificultades y sinsabores, pero legando a la posteridad una serie de consideraciones que, expresadas en discursos o escritos, acabaron formando *Idea de la Universidad*, el tratado más logrado acerca de lo que debería ser una universidad, de una actualidad perenne.

En 1864, en defensa de ciertos ataques desde el ámbito anglicano, publicó su camino interior bajo el título de *Apología pro vita sua*. Este libro fue un punto de inflexión en el reconocimiento, en el mundo anglicano y en el católico, hacia Newman. Sin duda, fue un libro que hizo mucho bien.

Hacia 1868 recibió varias propuestas para asistir como consultor o perito al Concilio Vaticano I, pero declinó. Respecto al dogma de la infalibilidad pontificia, uno de los grandes temas del Concilio, manifestó su oposición por considerarlo, no erróneo, sino inoportuna su proclamación en el contexto de las convulsiones de la época. No obstante, cuando fue aprobado el dogma insistió en aceptarlo, lo cual es una muestra más de su fidelidad al Vicario de Cristo y a los sucesores de los apóstoles.

Esta lealtad fue reconocida por **León XIII, quien lo nombró cardenal en 1879**. Eligió como lema *Cor ad cor loquitur*, toda una afirmación cargada de espíritu agustiniano, y un magnífico santo y seña para la labor educativa y pastoral. Además, en su escrito de aceptación recogió lo que esperaba para el laicado católico, un texto de gran clarividencia y actualidad.

Por otra parte, ya en 1863, le había escrito John Keble, uno de los líderes del Movimiento de Oxford, después de 17 años de silencio. A partir de aquellos meses, fue recuperando contacto con algunos viejos amigos o conocidos de su época anglicana. Cabe destacar que, en 1877, fue nombrado *fellow* honorario del *Trinity College*, donde había estudiado décadas atrás. Esto permitió su retorno a la ciudad de Oxford después de 32 años, aunque fuese por unos días. En 1880 volvió a predicar en su querido Oxford: esta vez en la iglesia católica de St. Aloysius.

Falleció en 1890. Fue enterrado en Rednal, junto a su gran amigo Ambrose St. John. Como epitafio escogió *Ex umbris et imaginibus in veritatem* (De las sombras y las imágenes a la verdad). **Fue beatificado por el papa Benedicto XVI durante su visita a Inglaterra en 2009 y canonizado diez años después por el papa Francisco**.

El legado de Newman es una vida entregada a Cristo en la búsqueda y seguimiento de la verdad, de forma incansable e incondicional. Dejó para la posteridad numerosas cartas y diversos libros, que recogen su magisterio sobre la religión, la vida espiritual y moral, tríada que él consideraba inseparable. En sus escritos encontramos la solidez de un doctor y la piedad de un santo. Sus enseñanzas acerca del acto de fe, del desarrollo de la doctrina, de la conciencia, etc., son un tesoro que nos ofrece la Iglesia para que nuestra fe no sea una opinión o sentimiento, sino un asentimiento que se traduzca en una vida verdaderamente cristiana.

Enamorado de la Eucaristía

Newman encontraba en la Eucaristía el Corazón de Jesucristo vivo, capaz de liberar, de dar sentido a cada momento y de derramar la verdadera paz al ser humano: «Sacratísimo y muy amado Corazón de Jesús, estás oculto en la santa Eucaristía y sufres aún por nosotros. [...] Te venero, pues, con todo mi mejor amor y reverencia, con mi ferviente afecto, con mi mayor sumisión y la más resuelta voluntad. Dios mío, cuando condesciendes a sufrir que te reciba, te coma y te beba, y por un momento estableces tu morada en mí, haz que mi corazón lata con el tuyo. Purifícalo de todo lo que es terrenal, de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es duro y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de toda mortandad. Llénelo tanto de ti, que ni los acontecimientos del momento ni las circunstancias de la época tengan poder de alterarlo, sino que en tu amor y en tu temor pueda hallarse en paz» (San J.H. Newman, *Meditaciones y devociones*, Edibesa, Madrid 2007, 310).

Francisco, *Dilexit nos* 26

«Guíame, Luz amable»

Homilía del Santo Padre León XIV en la proclamación de san John Henry Newman como «doctor de la Iglesia». Plaza de San Pedro, solemnidad de Todos los santos, 1 de noviembre de 2025.

EN esta solemnidad de Todos los santos, es una gran alegría inscribir a san John Henry Newman entre los doctores de la Iglesia y, al mismo tiempo, con motivo del Jubileo del Mundo Educativo, nombrarlo copatrono, junto con santo Tomás de Aquino, de todas las personas que forman parte del proceso educativo. La imponente estatura cultural y espiritual de Newman servirá de inspiración a las nuevas generaciones, con un corazón sediento de infinito, dispuestas a realizar, por medio de la investigación y del conocimiento, aquel viaje que, como decían los antiguos, nos hace pasar *per aspera ad astra*, es decir, a través de las dificultades, hasta las estrellas.

A veces, los retos actuales pueden parecer superiores a nuestras posibilidades, pero no es así. ¡No permitamos que el pesimismo nos venza! Recuerdo lo que mi querido predecesor, el papa Francisco, subrayó en su discurso ante la primera asamblea plenaria del dicasterio para la Cultura y la Educación, que debemos trabajar juntos «para liberar al ser humano de la sombra del nihilismo, que es quizás la plaga más peligrosa de la cultura actual, porque es la que pretende borrar la esperanza». La referencia a la oscuridad que nos rodea nos remite a uno de los textos más conocidos

de san John Henry, el himno *Lead, kindly light* («Guíame, Luz amable»). En esa hermosa oración, nos damos cuenta de que estamos lejos de casa, que nuestros pies vacilan, que no logramos descifrar con claridad el horizonte. Pero nada de esto nos detiene, porque hemos encontrado la Guía: «Guíame, oh Luz amable, entre las tinieblas que me rodean. ¡Guíame tú!— *Lead, kindly Light. The night is dark and I am far from home. Lead Thou me on!*»

Es tarea de la educación ofrecer esta Luz amable a aquellos que, de otro modo, podrían quedarse prisioneros de las sombras particularmente insidiosas del pesimismo y el miedo. Por eso me gustaría decirles: desarmemos las falsas razones de la resignación y la impotencia, y difundamos en el mundo contemporáneo las grandes razones de la esperanza. Contemplemos y señalemos esas constelaciones que transmiten luz y orientación en nuestro presente oscurecido por tantas injusticias e incertidumbres. Por eso los animo a hacer de las escuelas, las universidades y toda realidad educativa, incluso informal y callejera, los umbrales de una civilización del diálogo y la paz. A través de sus vidas, dejen que trasluzca esa «enorme muchedumbre», de la que nos habla en la liturgia de hoy el libro del Apocalipsis, «[...] imposi-



ble de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas». Y que «estaban de pie ante el trono y delante del Cordero» (7,9).

En el texto bíblico un anciano, observando la muchedumbre, pregunta: «¿Quiénes son y de dónde vienen [...]?» (Ap 7,13). En este sentido, también en el ámbito educativo, la mirada cristiana se posa sobre «estos [...] que vienen de la gran tribulación» (v. 14) y reconoce en ellos los rostros de tantos hermanos y hermanas de todas las lenguas y culturas, que, a través de la puerta estrecha de Jesús, han entrado en la vida plena. Y entonces, una vez más, debemos preguntarnos: «¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 95). Y agregamos: de esta respuesta depende también la calidad evangélica de nuestra educación.

Entre el legado perdurable de san John Henry se encuentran, en este sentido, algunas contribuciones muy significativas a la teoría y la práctica

de la educación. «Dios —escribía— me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha dado a otro. Tengo mi misión. Nunca podré conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra» (*Meditaciones y devociones*, Madrid 2007, 225). En estas palabras encontramos expresado de manera espléndida el misterio de la dignidad de cada persona humana y también el de la variedad de los dones distribuidos por Dios.

La vida se ilumina no porque seamos ricos, bellos o poderosos. Se ilumina cuando uno descubre en su interior esta verdad: Dios me ha llamado, tengo una vocación, tengo una misión, mi vida sirve para algo más grande que yo mismo. Cada criatura tiene un papel que desempeñar. La contribución que cada uno tiene para ofrecer es de un valor único, y la tarea de las comunidades educativas es alentar y valorar esa contribución. Por lo tanto, podemos decir que la educación, desde la perspectiva cristiana, ayuda a todos a ser santos.

Nada menos. El papa Benedicto XVI, con motivo de su viaje apostólico a Gran Bretaña en septiembre de 2010, durante el cual beatificó a John Henry Newman, invitó a los jóvenes a ser santos con estas palabras: «Lo que Dios desea más que nada para cada uno de vosotros es que os convirtáis en santos. Él os ama mucho más de lo que podéis imaginar y quiere lo mejor para vosotros». Esta es la llamada universal a la santidad que el Concilio Vaticano II convirtió en parte esencial de su mensaje (cf. *Lumen gentium*, capítulo V). Y la santidad se propone a todos, sin excepción, como un camino personal y comunitario trazado por las Bienaventuranzas.

Rezo para que la educación católica ayude a cada uno a descubrir su vocación a la santidad. San Agustín, a quien san John Henry Newman apreciaba tanto, dijo una vez que somos compañeros de escuela que tienen un sólo maestro, cuya escuela y cátedra están en la tierra y en el cielo respectivamente (cf. sermón 292,1).

La columna de las nubes

Guíame, Luz amable, en medio de la envolvente tiniebla,
¡guíame tú!

La noche es oscura y estoy lejos de casa,
¡guíame tú!

Guarda tú mis pasos; no pido ver
el lejano horizonte, un paso más me basta.

Antes yo no era así, jamás pensé que tú
debieras guiarme.

Amé elegir y controlar mi propio camino, pero ahora,
¡guíame tú!

Amé el destello fugaz del momento y, aun con temor,
rendí mi voluntad al orgullo: no hagas memoria del pasado.

Tanto me ha bendecido tu poder que es seguro que aún
me guiará

entre páramos y ciénagas, riscos y torrentes, hasta que
la noche haya huido

y con el alba sonrían los rostros de esos ángeles,
que hace tanto amé, y por un tiempo perdí.

San J.H. Newman, *En el mar*, 16 de junio de 1833

¿Qué nos puede enseñar el nuevo doctor de la Iglesia, san John Henry Newman?

Jorge Soley Climent

Podemos decir que hay al menos tres razones principales que justifican este doctorado: el énfasis en la dimensión personal y existencial del acto de fe, la defensa de la fe frente a las derivas racionalistas del mundo moderno y la tradición como desarrollo fiel de la doctrina.

EL pasado 1 de noviembre, en el contexto del Jubileo del Mundo Educativo, el papa León XIV confirió el título de **doctor de la Iglesia** a **san John Henry Newman**, al tiempo que le nombraba **copatrono**, junto con **santo Tomás de Aquino**, de todas las personas que forman parte del proceso educativo. En la homilía de la misa en la que Newman era proclamado doctor, el Papa insistió en que Newman hizo «contribuciones muy significativas a la teoría y la práctica de la educación», especialmente en su obra *La idea de la Universidad*, donde desmantela la visión utilitarista de la educación que lamentablemente sigue hoy muy presente. León XIV acabó diciendo que rezaba para que «la educación católica ayude a cada uno a descubrir su propia llamada a la santidad».

La proclamación de san John Henry Newman como doctor de la Iglesia

no es ninguna sorpresa. Fue propuesto ya para este título incluso antes de ser canonizado: en 1941 hubo una campaña en este sentido promovida desde su país natal y en 1957 el teólogo y jesuita Erich Przywara, que había sido amigo de Edith Stein, publicó un texto titulado «Newman, ¿posible santo y doctor de la Iglesia para el tiempo presente?».

Juan Pablo II afirmó en referencia a Newman que «la misión particular que Dios le ha confiado hace que pertenezca a todos los tiempos, a todos los lugares y a todos los pueblos», lo que constituye una magnífica definición de lo que es un doctor de la Iglesia. En efecto, un doctor de la Iglesia enseña, instruye, aclara y explica de modo universal, esto es, católico. Un doctor de la Iglesia combina al mismo tiempo una cierta originalidad, profundidad y ortodoxia en la doctrina y su obra debe marcar una etapa

en la comprensión, cada vez más profunda, de la fe. Un doctor de la Iglesia es, pues, un santo que ha hecho una aportación relevante ante los retos a los que ha tenido que responder la Iglesia de su época, pero que al mismo tiempo habla a los cristianos que han vivido y viven con posterioridad: su actualidad y relevancia perduran.

¿Y cuáles han sido esas aportaciones de san John Henry Newman que siguen siendo relevantes hoy en día?

El propio Papa, al anunciar la concesión del doctorado, nos daba algunas pistas cuando afirmaba que Newman «contribuyó de manera decisiva en la renovación de la teología y la comprensión de la doctrina cristiana en su desarrollo». Siguiendo esta sugerencia, podemos decir que hay al menos tres razones principales que justifican este doctorado: el **énfasis en la dimensión personal y existencial del acto de fe, la defensa de la fe frente a las derivas racionalistas del mundo moderno y la tradición como desarrollo fiel de la doctrina.**

Búsqueda incondicional de la verdad

En primer lugar, la vida y el pensamiento de san John Henry Newman, tan ricos y apasionantes, nos son de gran ayuda para comprender qué es la fe. Su búsqueda de Dios y de la plenitud de la verdad, dejando actuar al Espíritu Santo en él, le llevaron a convertirse en lo que algunos han llamado un «peregrino de la verdad». Esa búsqueda la hizo Newman de manera radical, aunque en ciertos momentos esta fidelidad a la verdad le abriera las carnes o le lanzara a rupturas que le supusieron un gran coste personal. Cuando uno se encuentra cara a cara con Dios y caen los velos que nos impedían comprender sus designios, uno no

puede más que entregarse confiadamente a este Dios que es Amor. Su correspondencia y los numerosos testimonios de aquellos que le conocieron muestran que para Newman, tal y como él mismo escribió, «la santidad es el gran objetivo por el que hay que combatir».

Su correspondencia y los numerosos testimonios de aquellos que le conocieron muestran que para Newman, tal y como él mismo escribió, «la santidad es el gran objetivo por el que hay que combatir».

Pero no es ésta una búsqueda sin fin por definición, una indagación individualista y caprichosa, sino que encuentra su puerto en la Iglesia católica. Pues Newman, tras alcanzar la certeza, pidió humildemente entrar en la Iglesia, esa institución que no sólo transmite enseñanzas y mandamientos, sino que los encarna y los pone en práctica, o en sus propias palabras, «una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son canales de la gracia invisible».

Combate sin cuartel contra el racionalismo y el liberalismo religioso

En cuanto a su defensa de la fe contra todo racionalismo, contra el liberalismo religioso y su religión a la carta, el mismo Newman dejó escrito que ese combate fue una constante en su vida. En el discurso en el que respondía al *biglietto* que le anunciaba el capelo cardenalicio en 1879, declaraba: «Me alegra afirmar que desde el principio me he

opuesto a un gran mal. Durante 30, 40, 50 años he resistido con todas mis fuerzas al espíritu del liberalismo. Nunca la Santa Iglesia ha tenido tanta necesidad de defenderse de él como en estos tiempos, en los que se ha convertido en un error tan extendido como una insidia en toda la tierra». Y definiendo qué entendía por liberalismo, Newman afirmaba que «el liberalismo es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en la religión, sino que todas las creencias son válidas; y esta doctrina está ganando fuerza día a día. No quiere reconocer como verdadera ninguna religión. Enseña que todas deben ser toleradas y que todas son materia de opinión».

Hoy en día es tarea incluso más necesaria, tal ha sido la extensión de ese mal incluso en el seno de la Iglesia. Combate contra el racionalismo que Newman hizo también en nombre de la razón: tanto sus *Sermones universitarios* como su *Gramática del asentimiento*, son decisivos para quien quiera profundizar en la relación entre fe y razón y darle a cada una el lugar que le corresponde.

Por cierto, Newman no ignoraba los enfoques modernos con los que en su siglo se empezó a analizar la Biblia, pero el tiempo ha demostrado que su lectura de la Sagrada Escritura, en la escuela de los Padres de la Iglesia, era mucho más rica, sabrosa, fructífera y, en definitiva, verdadera, que aquellas teorías a remolque de las modas del momento, que parecían triunfantes en aquel entonces pero que ya han demostrado todas sus limitaciones.

En la que quizás sea su obra capital, la *Apología pro vita sua*, Newman nos ofrece el testimonio de un hombre que se negó a aceptar la concepción moderna de la fe, una que considera que los académicos y



Proclamación de san John Henry Newman como doctor de la Iglesia (1/11/2025)

los científicos tienen la última palabra sobre la Revelación, que los hombres deben ser libres de elegir entre los dogmas aquellos que más les gusten, que no se le puede pedir a nadie que crea en lo que no comprende, que la Tradición que nos ha sido legada debe dejar paso al «progreso»... que, en definitiva, encarnaba ya los mismos retos a los que nos enfrentamos hoy.

Entender el desarrollo de la doctrina

En tercer lugar, y tal y como el entonces cardenal Ratzinger escribió, los escritos de Newman sobre el desarrollo de la doctrina católica son «una contribución decisiva a la renovación de la teología». Fue ésta, precisamente, una de las más poderosas palancas que usó el Espíritu Santo para llevarlo a la Iglesia católica. El estudio a fondo de los Padres de la Iglesia, de las controversias de los primeros siglos, en especial de la herejía arriana, le llevó a comprender que la Iglesia católica era la verdadera y que todos sus esfuerzos por buscar una vía media eran vanos. Si los protestantes eran equivalentes a los arrianos, las pretensiones an-

glicanas, las suyas, no eran más que un intento paralelo al del semiarrianismo. Fue un descubrimiento doloroso, pero también liberador, que Newman abrazó radicalmente y le movió a cruzar el Tíber y entrar en la Iglesia católica, la misma de sus admirados Padres de la Iglesia.

Como escribía recientemente Jacob Philips, profesor de teología en la Universidad de Santa María en Twickenham, Inglaterra, «esta es una de las razones por las que Newman resuena poderosamente en la situación actual. Nos recuerda que transigir en las verdades fundamentales de la religión es simplemente irreligión. Cuando Jesús llama a los discípulos diciéndoles «seguidme», las únicas respuestas posibles son «sí» o «no», sin términos medios. Los semiarrianos no eran menos heréticos que los arrianos. Las verdades básicas de la fe cristiana son tan binarias como las verdades numéricas, verdades en especie y no verdades de grado. Decir que $2 + 2 = 6$ no es más correcto que decir que $2 + 2 = 8$, a pesar de que el número 6 es la vía media entre 4 y 8».

En la misma línea, el cardenal Ratzinger escribió que los semiarrianos eran maestros en el arte de

buscar acomodo político. De este modo diluían las verdades cristianas para así disimular que eran contrarias al pensamiento dominante de su tiempo, algo que también hoy vemos a diario. Hoy, como entonces, no hay un término medio entre una fe cristiana genuina y el espíritu de la época y sigue siendo cierta la frase de Thomas Scott en su libro *La fuerza de la verdad*, que impactó al joven Newman en 1816, provocando lo que él definiría como su primera conversión y que nunca olvidaría: «La santidad antes que la paz».

Newman nos hace comprender la importancia esencial del dogma («desde que tenía 15 años –escribiera– el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión... no puedo concebir otro tipo de religión; la religión en tanto que simple sentimiento es para mí una ensoñación y una burla») y los principios del legítimo desarrollo de la doctrina. En tiempos como los nuestros en los que no es infrecuente que se quiera hacer pasar una corrupción de la doctrina como una evolución legítima, las reglas de Newman para distinguir entre desarrollo y corrupción son un tesoro para seguir siendo fiel a lo que la Iglesia enseña.

Centralidad de la conciencia

No podemos olvidar tampoco la cuestión, decisiva, de la conciencia, que es central tanto en la vida como en la obra de Newman. Fue el cardenal Ratzinger quien escribió que ambas podían considerarse como «un vasto comentario sobre la conciencia».

Aquí alguien podría caer en el malentendido de considerar a Newman como el campeón de una conciencia consistente en el derecho y el deber de seguir en todo momento aquello que cada uno considera conveniente. Nada más lejos de la verdad. Newman no defiende una concepción moderna de la conciencia, que considera bueno lo que a uno se le antoja caprichosamente en cada momento. Al contrario, Newman nos enseña que la conciencia es la «Voz de Dios» que habla a cada uno en su interior.

Por eso Newman escribió que «nunca los papas se han pronuncia-

do contra la conciencia en el sentido profundo del término; en realidad es contra sus sentidos erróneos, filosóficos o populares, que ellos han alzado su voz». Por eso el cristiano tiene el deber de seguir su conciencia

En tiempos como los nuestros en los que no es infrecuente que se quiera hacer pasar una corrupción de la doctrina como una evolución legítima, sus reglas para distinguir entre desarrollo y corrupción son un tesoro para seguir siendo fiel a lo que la Iglesia enseña.

cia «en el sentido profundo del término», que es lo opuesto al camino licencioso de una conciencia que autojustifica cualquier deseo. «La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo. Es el profeta que nos revela la verdad, el rey que

nos impone sus órdenes, el sacerdote que nos anatematiza y nos bendice». Esta conciencia, la verdadera, no es ninguna concesión al individualismo ni al subjetivismo, sino el reconocimiento de la ley eterna inscrita en nuestro corazón. Frente a la concepción moderna que considera la conciencia como el derecho a obrar como me venga en gana, la verdadera conciencia que Newman trae a la luz consiste en actuar según los decretos del Señor, por lo que, formarnos para conocerlos, y seguirlos aunque nos causen perjuicio terrenal, es un deber capital.

Parece, pues, evidente la oportunidad de esta decisión de León XIV, de la que estamos seguros vendrán grandes bienes a esa Iglesia católica a la que Newman entregó su vida, dando un paso sobre el que, a pesar de todo el dolor e incompreensión que le reportó, nunca tuvo una sola duda de que era el acertado, el que Dios, suavemente, le exigía.



«Cor ad cor loquitur»

El lema del cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, «el corazón habla al corazón», nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios. Nos recuerda que la fidelidad a la oración nos va transformando gradualmente a semejanza de Dios. Como escribió en uno de sus muchos hermosos sermones, «el hábito de oración, la práctica de buscar a Dios y el mundo invisible en cada momento, en cada lugar, en cada emergencia. Os digo que la oración tiene lo que se puede llamar un efecto natural en el alma, espiritualizándola y elevándola. Un hombre ya no es lo que era antes; gradualmente... se ve imbuido de una serie de ideas nuevas, y se ve impregnado de principios diferentes» (Sermones parroquiales y comunes, IV, 230-231).

Benedicto XVI, de la homilía en la beatificación del cardenal Newman, Birmingham, 19 de septiembre de 2010

El Movimiento de Oxford: de espíritu reformista a baluarte antimodernista

Pablo Rodríguez

La nota profunda que los tractarianos aportaron fue la de su antimodernismo originario. En su intento de plantar cara al reto liberal, el movimiento tractariano reconoció la apostasía del mundo moderno.

Introducción: algo se mueve en Inglaterra

EL papa León XIII profetizó que «cuando Inglaterra vuelva a Walsingham, Nuestra Señora volverá a Inglaterra». Fue precisamente León XIII quien nombró cardenal a san John Henry Newman. Ha tenido que ser de nuevo un papa con el mismo nombre de León (esta vez León XIV) quien, hace pocas semanas, ha proclamado a Newman doctor de la Iglesia. Así, ciertamente, ese espíritu de renovación del catolicismo inglés que inició Newman bien podría resumirse en la máxima de otro converso inglés: «para entrar en la Iglesia hay que quitarse el sombrero, no la cabeza». (G. K. Chesterton). Y es que, como decía Joseph Pearce en *The English Restoration has begun*: «Algo se mueve en Inglaterra».

Tras tres siglos de brutal persecución, solo permaneció un resto de recusantes: unos pocos miles de almas nobles cuyas familias transmitieron la fe de generación en generación a través del abismo de siglos de persecución religiosa. Unos felices pocos. Entonces, cuando todo parecía perdido, la conversión de John Henry Newman en 1845 fue el heraldo de un nuevo renacer católico. ¿Qué pudo propiciar esa semilla que trajo un rebrote del catolicismo inglés que hizo que decenas de ingleses –entre ellos, notables como Gerard Manley Hopkins, Oscar Wilde, G.K. Chesterton, Ronald Knox, Evelyn Waugh– cruzaran el Tíber?

El anglicanismo y sus tendencias en tiempos de Newman

Conocer los inicios del Movimiento de Oxford exige necesaria-

mente adentrarse en las contradicciones del anglicanismo. Newman reconocía en su *Apología pro vita sua* que [la Iglesia anglicana] es la institución en que los ingleses han plasmado de una forma más llamativa su afán de componenda en asuntos sociales y políticos. En efecto, esta famosa Iglesia se ha encontrado siempre en la más estrecha dependencia respecto del poder civil y siempre se ha gloriado de ello. Siempre ha

en la comunión anglicana, tenían cabida tres poderosas tendencias teológicas: **el principio apostólico, la tendencia evangélica y la escuela liberal**. La tendencia apostólica: surgida especialmente tras la caída de los Estuardo en 1688, difiere del catolicismo apenas por la cuestión de la supremacía papal; la tendencia evangélica emparentada con los puritanos del XVI-XVII y renovada por los predicadores metodistas del

co-críticas de la Biblia, planteando interrogantes a cuestiones como: la doctrina de la creación, el pecado original, la divinidad de Cristo... junto a estas tendencias –sigue relatando la *Apología*– se encuentra el partido del orden, el de los conservadores. No es una tendencia religiosa interna más, son celosos de la conservación de una Iglesia nacional más que de la preocupación por las creencias que profesa. Representan aquel sentimiento inglés que mira con aversión extrema al que califican usurpador poder papal, miran con desinterés y sospecha a cualquier escuela teológica y aspiran únicamente a la continuidad de la autocefalia eclesial de Inglaterra.

En términos anglicanos, podríamos dibujar que dentro del anglicanismo la Low Church equivaldría a la tendencia evangélica, la Broad Church correspondería a los liberales en materia religiosa y la *High Church*, en sentido teológico, puede tomarse como la tendencia más cercana al catolicismo por su valoración del contenido de la fe y de la función de los sacramentos. Sin embargo, la «Iglesia Alta», en sentido político-eclesiástico, sería el sector denominado del partido del orden o corriente de la Iglesia vinculada a la nación y a la monarquía inglesa. En tiempos de Newman, esta mentalidad tomó el nombre de **erastismo** según la doctrina de Thomas Erastus (reformador suizo del siglo XVI) que consideraba a la Iglesia como un simple departamento del Estado. En este sentido, es relevante subrayar que Newman y el conocido como Movimiento de Oxford ha podido ser identificado como *High Church* en el sentido teológico, pero no así en el sentido político-eclesiástico dada su reacción contra el erastismo. No tardarían en



mirado al poder papal con miedo, resentimiento y aversión, y nunca se ha ganado el corazón del pueblo. En esto se ha mostrado coherente a lo largo de su existencia; en otros aspectos, o bien ha carecido de opiniones o las ha cambiado constantemente¹. Por aquel entonces,

¹ Seguimos la introducción del autor en *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas* Encuentro (Madrid, 2019)

XVIII, lograron crear una organización separada de la Iglesia oficial y a su vez ejercer importante influencia en ella, constituyéndose en tiempos de Newman como la tendencia mayoritaria; la tendencia liberal surgida del latifundismo que apoyó a los Orange y luego a los Hannover, con su actitud escéptica o liberal en cuestiones doctrinales la situó con frecuencia en lecturas históri-

recibir golpes de parte de los eclesiásticos más relevantes del sistema anglicano.

Así, radiografiando «grosso modo» la vida del anglicanismo a mediados del XIX, el único grupo que realmente consideraba a la Iglesia como institución divina independiente del Estado, era en sentido teológico la Iglesia Alta o anglocatolicismo. Esparcidos sus clérigos en parroquias de campo y antiguas ciudades catedralicias con escasa relevancia, tuvieron escasa influencia en el resto de los anglicanos o en la sociedad inglesa en general.

El reformismo del Movimiento de Oxford

Sin embargo, ¿cómo entender qué el movimiento de renovación del anglicanismo surgiera precisamente de las esferas más tradicionales del mismo?

El origen del movimiento hay que situarlo en el contexto del cambio que sufrió la sociedad británica que salía de la estabilidad del mundo georgiano² y aún no se había asentado en el molde del victorianismo³. Políticamente, la década de 1830 vio la llegada de los *whigs* y su «Reform Bill», que implicaba una profunda reforma electoral en los que se desplazaba el poder de la aristocracia hacia las clases medias y donde además se impulsaron, entre otras, las leyes de emancipación civil de los católicos ingleses e irlandeses,

que les daría derecho a voto y a ser elegidos. Sin embargo, con estas innovaciones se quebraba no la reforma del estado, sino la de la iglesia inglesa. El anglicanismo parecía perder su hegemonía estatal. Los *whig* con su «ajuste constitucional» habían provocado la pregunta ¿Qué es la Iglesia de Inglaterra?

El anglicanismo había vivido un erastianismo dulce, la vieja Iglesia de Inglaterra era una iglesia nacional en el sentido más pleno de la palabra. Sus dulces edades de hegemonía habían pasado del derecho divino de los reyes y del deber de obediencia pasiva con los Tudor (1485-1603) o los Estuardo (1603-1689) primero; a ser convertida después de la Gloriosa Revolución (1688-1689) en símbolo de la defensa protestante frente al catolicismo, custodiada con la protección de la Corona y el gobierno *tory* con los Orange (1689-1702) y los Hannover (1714-1833). La *Reform Bill* de los liberales destruía las bases de la vieja alianza Iglesia-Estado. Los anglicanos miraban la llegada de los tiempos modernos bajo la obligada autonomía eclesiástica frente al Estado. Sin embargo, dos ópticas internas pugnaban tras esa necesidad sobrevenida: la conservativa, aquellos que con aires evangélicos o racionalistas veían en el ideal liberal de contemporizar con lo moderno el medio para preservar el carácter nacional de la Iglesia establecida y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio por ello, o aquellos otros –de tendencia apostólica– que, o bien buscaban regresar al sistema Tudor originario, o que ansiaban la libertad espiritual de la edad apostólica y la herencia católica de los primeros Padres de la Iglesia.

Es en esta segunda actitud, donde debemos colocar el nacimiento de

la corriente teológica e intelectual que denominamos Movimiento de Oxford, que comienza en 1833 por iniciativa de una serie de profesores de la Universidad de Oxford.

Keble-Froude-Newman

John Keble (1792-1866) y Richard Hurrell Froude (1803-1836) ocuparon lugares centrales y fundacionales en el Movimiento de Oxford. Todos ellos –junto a John H. Newman– fueron los culpables de sacar la tradición anglicana de la rutina del convencionalismo y de la cadena del erastianismo. Fueron las parroquias rurales cercanas a Oxford, en las orillas del Windrush y el Dart, en los bosques de Little Hempston, junto con su común pasión por la poesía, donde empezaría a rebrotar de nuevo el espíritu de la vieja Inglaterra católica. Keble, Froude y Newman vieron en la poesía algo más que estética y en la religión algo más que promoción social o sentimiento piadoso. Fueron al unísono autores y creadores de Movimiento de Oxford, con una misión esencial, pero ninguno habría podido actuar sin el resto. El historiador británico Christopher Dawson, deudor de los frutos del movimiento, afirma que Froude por su vehemencia habría ascendido como una bengala y habría dejado tras de sí un pequeño rastro, Keble habría llegado a ser un clérigo rural conservador, escritor de bonita poesía religiosa; Newman, capaz de alcanzar algo por sí solo, podría haber sido en Oxford un gran teólogo evangelista o haber hecho fortuna por sus opiniones liberales.

Así como la amistad entre Keble y Froude preparó el camino del Movimiento de Oxford, la amistad entre Froude y Newman lo hizo realidad.

2 La época georgiana en Gran Bretaña se sitúa aproximadamente desde la ascensión de Jorge I en 1714 hasta el final del reinado de Guillermo IV en 1837

3 Periodo vinculado al reinado de Victoria (1837-1901), precedido de un periodo transitorio de profundas transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas con el final de Guillermo IV.

Keble y Froude pertenecían al estrato anglicano de los torys y los *high churchman*. Su adhesión a los ideales anglicanos tradicionales era natural, sin embargo, Newman no pertenecía a la Inglaterra rural, sus orígenes de clase media le hacían propicio al liberalismo y sus raíces religiosas se fundaban en el puritanismo o metodismo, de ahí su fugaz tentación evangélico-liberal representada por el acercamiento a Richard Whately⁴ que fue desterrada por la amistad creciente los años 1826-1829 con Froude. Los años que Newman había seguido a Whately, Froude lo había hecho con Keble, sacerdote, poeta y académico que había manifestado su llamamiento a la Iglesia como institución apostólica, apoyada en la sucesión episcopal, la tradición litúrgica y la Eucaristía, y resistiendo a una visión meramente estatal o liberal de la fe anglicana. Las raíces evangélicas llevaban a Newman a concordar en una visión de la Iglesia como una sociedad libre y autónoma del poder secular, ello les conectaría en su crítica tanto contra el erastianismo institucional como el liberalismo ascendente. Mientras Keble y Froude tenían la típica animadversión tory, Newman se oponía al liberalismo por su falso optimismo que intentaba sustituir el cristianismo por una ideología de benevolencia universal, transformando el sobrenaturalismo puritano en un naturalismo utilitarista.

4 Richard Whately (1787-1863) fue un influyente teólogo, lógico y reformador anglicano que desempeñó el cargo de arzobispo de Dublín desde 1831. Fue autor de obras clave como *Elements of Logic* (1826) y *Elements of Rhetoric* (1828), apoyó la emancipación de los católicos y la educación no sectaria, y promovió un enfoque práctico, racional e intelectual del cristianismo.

El Mediterráneo, Oxford y los «tracts»

La misma tradición puritana prestó a Newman otro elemento de conexión con sus amigos de la *High Church*: su amor a la antigüedad. El *ethos* de la teología de la gracia aprendida le puso en contacto con las raíces del cristianismo platónico de los alejandrinos y los Padres capadocios, así como con el espíritu de la Iglesia del Oriente cristiano, de los padres Atanasio y Basilio y las intuiciones de Agustín. Froude y Newman, sin saberlo, habían emprendido un viaje espiritual por vías distintas pero con un mismo final, mientras Newman exploraba la vía patrística que le llevaría a desembarcar en la defensa de la necesaria catolicidad de la Iglesia de Inglaterra, basada en la comunión externa y la unidad de la fe verdadera que nos une con los Padres y con los teólogos anglicanos del siglo XVII, su amigo Froude se alejaba de la Reforma protestante y crecía en admiración hacia la Iglesia medieval (Tomás de Canterbury, Gregorio VII...) advirtiéndole a su amigo de la irregularidad de la Iglesia de Inglaterra que se hallaba separada del gran cuerpo de la Iglesia, supuestamente por la corrupción de la misma, sin poder afirmar que el miembro amputado se hallaba en una condición mejor por sí mismo.

Otro viaje, esta vez no espiritual, vino a ahondar en sendos recorridos. Desde diciembre de 1832 a junio de 1833, Froude y Newman realizaron un gran recorrido por el Mediterráneo. Durante el viaje quedaron impresionados por su historia cristiana, los edificios antiguos y la liturgia católica. Newman, en Sicilia, sufrió una grave enfermedad y su recuperación intensificó su convicción de tener una misión.

Regresados a Inglaterra y transcurridos apenas cinco días, Keble predicó el famoso sermón de la apostasía nacional⁵. Newman entendió que Oxford había de ser el lugar donde encarnar socialmente los principios de la *High Church*, siendo tal vez la Ginebra de la segunda Reforma. La acción consistió en editar

El movimiento tractariano había cuestionado el sentido de la necesidad de una base coherente para las creencias anglicanas. Llevar la pregunta a sus consecuencias últimas, había de implicar la evolución de sus respectivos iniciadores.

tractos breves y cartas para hacer que se predicasen sermones sobre la autoridad y sucesión apostólica, contra el erastianismo, contra la política de los *whig*... La pregunta que había que lanzar a través de los tractos era: ¿en qué descansará nuestra autoridad cuando el estado nos abandone? La respuesta estaba clara: descansaría en la roca apostólica sobre la que se hallaba edificada la autoridad. El éxito fue tal, que el viejo *stablishment* anglicano empezó a tambalearse por un extremo por el programa eclesiástico de los *whig* y por el otro por el cuestionamiento directo de los tractarianos.⁶

5 En este sermón, Keble advierte que una nación cristiana puede caer en la apostasía cuando empieza a reemplazar la dependencia de Dios por un afán de éxito mundano, cuando disuelve la relación entre la Iglesia y su autoridad apostólica, y cuando la tolerancia se vuelve indiferencia hacia la fe.

6 Nombre que adoptó el movimiento de Oxford tras el inicio de la publicación de

«Branch theory», vía media, vía última

Los *Tracts for de Times*⁷ cumplieron aproximadamente noventa folletos teológicos publicados entre 1833 y 1841. Durante ese periodo puso los fundamentos de una nueva teología para la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, el movimiento tractariano había cuestionado el sentido de la necesidad de una base coherente para las creencias anglicanas. Llevar la pregunta a sus consecuencias últimas, había de implicar la evolución de sus respectivos iniciadores.

El tractarianismo más puramente tradicionalista se mantuvo en la conocida como *Branch Theory*, consistente en considerar la Iglesia cristiana verdadera y el dogma católico no limitado a una sola denominación o como norma fija de ortodoxia, sino como denominador común de las diversas iglesias que mantienen el orden episcopal: la rama anglicana, la rama ortodoxa oriental y la rama católica romana. Newman, antes de su conversión, abogó por la Vía media, sólo en la Iglesia de Inglaterra se podría encontrar el camino seguro y equilibrado de la ortodoxia: Iglesia apostólica y fe de los Padres. La posición anglicana había evitado las adiciones romanas y las sustracciones protestantes. Mantener ese cuerpo objetivo de verdades, ni romanas ni protestantes, era lo puramente

los tractos o *tracts for the Times*.

7 Serie de noventa folletos teológicos publicados por los líderes del Oxford Movement —entre ellos John Henry Newman, John Keble y Edward Bouverie Pusey—, con el fin de reivindicar la sucesión apostólica, la naturaleza católica de la «Church of England» y una renovación de la vida eclesiástica frente al control estatal.

católico y anglicano. La Iglesia de Inglaterra lo único que necesitaba era volver a su base original y reivindicar su herencia. **Lo que Newman aún no reconocía, pero su amigo Froude le insistía, era que la Vía media era siempre de carácter provisional y de prueba**, dado que la falta de principios precisos había sido la salvación hasta entonces del anglicanismo. Mientras Keble se refugió en la *Branch Theory* y su tradicionalismo *tory*, Newman intentaba, por poco tiempo, luchar por demostrar que la Iglesia anglicana era la verdaderamente católica. Por su parte, Froude había escogido la Vía última, integrarse en la Iglesia de Roma, camino finalmente truncado por su prematura muerte. Newman y su carácter cauteloso hicieron que su abandono de la Vía media, no fuera una huida desesperada, sino un lento camino combatido en cada argumento y cada objeción.

Un antimodernismo «before its time»

La conversión de Newman al catolicismo romano en 1845 marcó simbólicamente el fin de la primera fase organizada del movimiento. En este contexto, Edward Pusey emergió como la figura central que mantuvo vivo el legado tractariano dentro de la Iglesia de Inglaterra. Bajo su liderazgo, los llamados «Puseyites» continuaron la renovación litúrgica, sacramental y pastoral: promovieron comunidades religiosas, el uso ampliado de la liturgia, el sacerdocio bien formado y un compromiso más profundo con la tradición patristica. Por su parte, Henry Edward Manning representó otra línea: él, inicialmente anglicano vinculado al Movimiento de Oxford, se alejó posteriormente y

se convirtió al catolicismo, llegando a ser obispo católico y luego cardenal, lo que simbolizó la deriva hacia el romanismo de parte de muchos tractarianos.

Así, el *Oxford Movement* dejó de ser un frente homogéneo y soberbio impulso reformador, para convertirse en una familia diversa de corrientes: unos (como Pusey) permanecieron dentro del anglicanismo y lo transformaron desde dentro adoptando ritualismo y una visión más sacramental de la fe anglicana; otros (como Manning) lo abandonaron y se integraron en la Iglesia católica.

Independientemente de ambas derivadas que promovió el Movimiento de Oxford, ya sea el compromiso de una nueva Vía media en era victoriana —Puseísmo-Ritualismo— o como inicio de una segunda primavera de la Iglesia católica en Inglaterra, la nota profunda que los tractarianos aportaron fue la de su antimodernismo originario. En su intento de plantar cara al reto liberal, el movimiento tractariano reconoció la apostasía del mundo moderno. El desafío era doble: por un lado, estaba el ataque externo —la presión de los *whigs* sobre la *Church of England* a través de reformas y una visión estatal del clero— y por otro, una ofensiva interna —las nuevas concepciones de la teología liberal que amenazaban el orden objetivo del dogma, la autoridad apostólica y la tradición eclesiástica— ambas anidaban ya en el interior del anglicanismo. El hombre como medida de todas las cosas y el espíritu del tiempo como espíritu de Dios. Amenazas antiguas que se cernían ahora sobre la teología cristiana. Pío IX y el *Syllabus* hubieron de afrontarlas poco tiempo después.

«Como si hubiera llegado a puerto después de una galerna»

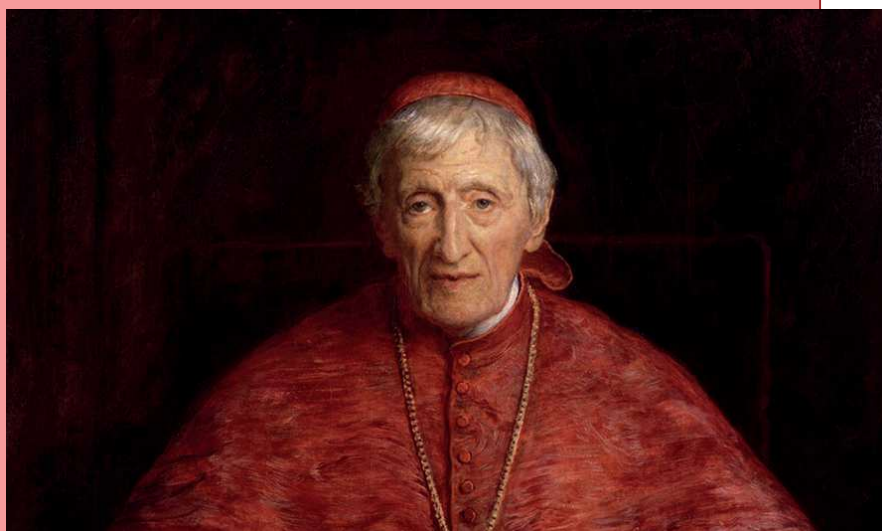
Desde que me hice católico, por supuesto, se acabó la historia de mis opiniones religiosas, ya no hay nada que narrar. No quiero decir con esto que mi mente haya estado inactiva o que haya dejado de pensar en asuntos teológicos, pero no ha habido cambios de los que dar cuenta ni, en absoluto, ansiedad alguna en mi corazón. Mi paz y mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda. Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio, intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentía como si hubiera llegado a puerto después de una galerna; y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente.

Tampoco tuve el menor problema en aceptar los puntos de fe que no están en el credo anglicano. Algunos ya los aceptaba antes, pero ninguno supuso un conflicto. Al ser recibido en la Iglesia hice profesión de todos ellos con gran facilidad, la misma que tengo hoy día en seguir aceptándolos y creyendo en ellos.

[...] Hago profesión de creer la verdad revelada tal como la enseñaron los Apóstoles, tal como ellos la confiaron a la Iglesia, y tal como la Iglesia me la enseña a mí. La recibo, infaliblemente interpretada por la autoridad a quien se confió ese depósito de verdad, y recibiré igualmente cuanto esa misma autoridad

interprete hasta al final de los tiempos. Además, me someto a la tradición de toda la Iglesia, que es donde reside la materia de esas nuevas definiciones que ella hace, aplicación e ilustración del dogma católico ya definido. Me someto también a las otras decisiones, teológicas o no teológicas, que la Santa Sede pueda tomar a través de sus diversos órganos, que se me presenten –sin que importe su infalibilidad– con la mínima intención de que las acepte y obedezca. Hay que tener en cuenta también que a través de los siglos, la teología católica ha ido adquiriendo formas bien definidas y se ha convertido en una ciencia, con su método y su lenguaje propios, bajo la influencia intelectual de cabezas eminentes como san Atanasio, san Agustín y santo Tomás, y yo no siento la menor tentación de hacer pedazos ese gran legado de pensamiento que ha llegado hasta nuestros días.

San J.H. Newman, *Apologia pro vita sua*, capítulo 5



Los «Goigs» en la devoción popular

Francesc Maria Manresa i Lamarca

Los «goigs», que son eminentemente marianos, nacen de una tradición literario-religiosa de alabanza a los gozos «terrenales» de María, influenciada por la difusión de la devoción al rosario, fundada por santo Domingo en el siglo XIII

LOS «goigs» o «gozos» son canciones religiosas laudatorias de las excelencias de Nuestro Señor Jesucristo, de la Virgen María o de los santos, casi siempre bajo una advocación concreta, que acostumbran a formar parte de las liturgias festivas populares como patronazgos, procesiones, romerías, novenas, etc. y han sido una forma de devoción popular cultivada de manera abundantísima en los territorios de la antigua Corona de Aragón, principalmente en las zonas de habla catalana¹, desde tiempos inmemoriales.

Un género sobreabundante

Para tomar una perspectiva de la dimensión de esta tradición, en su formato material, objeto de coleccio-

nismo, según los estudios del folklorista Amades o el bibliófilo Joan Bautista Batlle, en el primer tercio del siglo XX se calculaba que podía haber entre veinte y treinta mil² ejemplares; hoy la biblioteca de Montserrat custodia más de cincuenta mil.³ No en vano escribía Joan Batlle que «a través de éstos se puede seguir paso a paso el proceso de la poesía mística popular, así como el crecimiento de la devoción en Cataluña. Ellos nos podrían hablar y hablan de la historia de muchas advocaciones que la incuria de los tiempos ha hecho que se olvidaran. Ellos marcan la estela seguida por los santos que han saciado más el alma catalana, y no ha habido lugar en Cataluña que, como faro espiritual, no haya tenido una ermita devota donde el pueblo, en bello

1 Amades, Joan. *Els goigs*. Editorial Orbis. Barcelona 1939. Vol II p.156. Documento digitalizado en <https://mdc.csuc.cat/digital/collection/joanamades/>

2 Batlle, Joan B. *Els goigs a Catalunya*, Impremta Altés. Barcelona. 1924. P. 11; Amades, J. Óp. Cit. Vol I prefaci. p. VI

3 <https://bibliotecademontserrat.cat/fons/>



encuentro, fuera a cantar las coplas o gozos del santo protector en memoria de sus virtudes.»⁴

No se conoce cuando empezó esta bella costumbre, aunque sí que se tiene constancia de que en el siglo XIII ya se cantaban. Según la crónica de Ramon Muntaner, se narra en primera persona que, dirigiendo a los almogávares a las puertas de Galípoli «mandé entonces que subieran diez hombres a la torre maestra, y un marinero, que tenía por nombre Berenguer de Ventayola, que era de Llobregat, entonó los loores del bienaventurado san Pedro, a lo que todos respondían con lágrimas en los ojos. Entonados los loores, luego de enarbolada la señera de san Pedro, empezamos todos a cantar la Salve Regina»⁵.

La Virgen María, siempre la primera

Los «goigs», que son eminentemente marianos, nacen de una tradición literario-religiosa de alabanza a los gozos «terrenales» de María, influenciada por la difusión de la devoción al rosario, fundada por santo Domingo en el siglo XIII⁶. En la línea de esta devoción a los *septem gaudia*, en 1208, cuando María de Montpeller esperaba el nacimiento de su hijo, el futuro Jaime I, encargó que «el lunes empiecen

cuantos presbíteros y ordenados haya en Montpeller a cantar misas de Nuestra Señora Santa María; y que esto dure por espacio de siete días, en honor de los siete gozos que ella tuvo de su amado hijo»⁷.

En la tradición de los «goigs», el texto más antiguo del que se tiene una muestra es el titulado *Flor de lir e de gog e de legranssa*⁸ datado del siglo XIII y cuyo estribillo dice así:

*Flor de lir, Verge Maria,
cantaray fort de bon cor
vostres laus ab alegria*

Y también, en el *Llibre Vermell de Montserrat*, códice del siglo XIV, podemos encontrar la letra y la música ¡para ser bailada! de la *Ballada dels goigs de Nostra Dona en vulgar cathalan a ball redon*, con un estribillo en latín que es un fragmento de la secuencia gregoriana del avemaría, y que comienza:

7 Crònica de Ramon Muntaner. Cap.IV
8 Texto en Amades, J. Óp. cit. Vol I p.16

*Los set goigs recomptarem
et devotament xantant
humilment saludarem
la dolça Verge Maria*

Este texto, como patrón de tantos que conoceremos después, conmemora los siete gozos «terrenales» de la Virgen María, esto es, la Anunciación, el nacimiento de Cristo, la Adoración de los Reyes, la Resurrección, la Ascensión, la venida del Espíritu Santo y la Asunción. De finales del siglo XIII son los que empiezan diciendo *Segueixen los set goigs de la Verge Maria, beneita Mare*

*de Déu sacratíssima; e són los terrenals; del siglo XIV, Ací comencen los VII goi de la Verge Maria; y del xv, Los set goigs; Los set goigs de la mare de Déu del Roser molt devots o de tot l'any y las Cobles del Psaltiri o Roser de la intemerada Verge Maria per contemplar XV misteris de la seva vida dient lo Psaltiri o Roser*⁹.

La tradición de los «gozos terrenales» añadió luego los «gozos celestiales» a lo largo del siglo xv y de ahí surgieron entre otros *Los set Goigs de la Verge Maria de Pietat*¹⁰, vulgarmente conocidos como *Goigs de la Mare de Déu del Mont*¹¹, que serán históricamente los de más larga tradición y los más populares en el siglo XIX y aun en parte del xx, porque eran los «goigs» que se can-

9 Riquer, M. – Comas, A. Óp. cit. p. 217

10 Ibídem. p. 221

11 Por una confusión lingüística se popularizaron como «del Mont» en vez de «del Mon», que es como se conocían originalmente. Ver Amades, J. Óp. cit. Vol II p. 340

4 Batlle, J. B. Óp. Cit. p.9

5 Crònica de Ramon Muntaner. Capítulu CCXX (Original del S XIV en catalán)

6 Riquer, M. – Comas, A. *Història de la literatura catalana*. Volumen IV. Edicions Ariel. Barcelona. 1964. p. 218

taban en el sábado santo –después de la misa de resurrección– y que según Mn. Verdaguer están en el origen de las tradicionales «caramelles».¹²

Estos «gozos celestiales» se refieren a los dones y las gracias que, paralelamente a las que poseía en la tierra la Santísima Virgen, ahora goza de ellos en el Cielo: la criatura más excelsa, Reina coronada y espejo de la divinidad, más respaldada que el sol en el Cielo, reconocida por Madre del Salvador, eficaz intercesora, gloriosa junto a la Trinidad y cuya gloria no tiene fin. Así dice el estribillo:

*En lo mon pus sou dotada
dels set Goigs mare de Deu
daltres set sou heretada
en los cels com merexeu.*¹³

Junto a estos podemos añadir la preciosa tradición de los dedicados a la Purísima Concepción de María Santísima, cuyo dogma fue proclamado a mediados del siglo XIX pero que aparece ya reconocido y dedicado en cientos de «goigs» a lo largo de la historia, como por ejemplo en los *Llores y gozos de la santísima Virgen María del Puig de Valencia*¹⁴ de finales del XVI o los *Goigs de Nostra Senyora de Montserrat molt devots* de 1693¹⁵. En esta línea se considera originaria una poesía en el siglo XII atribuida al rey trovador Alfonso II de Aragón,¹⁶ como testimonio de

una tradición en defensa del dogma que duró siglos.¹⁷

Virolays, Llaus, Llaors, Cobles, Goigs...

Originariamente el nombre de «goigs» era exclusivamente destinado a las composiciones que cantaban las glorias de la Virgen María¹⁸ y a semejanza de su estilo fueron apareciendo

Los «goigs» tiene el origen de su forma poética y musical en las «danzas» de la literatura provenzal y, aunque existían mucho antes de la propagación de la xilografía y de la imprenta, al extenderse las artes de la estampación, desde el siglo XVII se empezaron a imprimir en hojas sueltas.

los dedicados a Nuestro Señor Jesucristo, a las miles de advocaciones marianas y a las vidas de todos los santos y santas, de patriarcas y bienaventurados y hasta alabanzas de ángeles y serafines, de las almas del purgatorio y de todos los canonizados de las múltiples órdenes religiosas¹⁹.

El patrón mariano de la composición hizo que se mantuvieran originariamente en el mismo estilo de un estribillo inicial, siete coplas con «retrónxa» –esto es, la repetición de los últimos versos del estribillo repetidos al final de cada copla– y un estribillo final. Estas composiciones que llevaban el nombre de Virolays, Llaus, Llaors, Cobles... tomaron finalmente el nombre de Goigs como

un género propio y popular, tal y como se dice en una composición del siglo XVII: «Cobles que vulgarment se diuhen goigs, del confessor de Jesucrist, sant Llop, bisbe».²⁰

Los «goigs» tiene el origen de su forma poética y musical en las «danzas» de la literatura provenzal y, aunque existían mucho antes de la propagación de la xilografía y de la imprenta, al extenderse las artes de la estampación, desde el siglo XVII se empezaron a imprimir en hojas sueltas²¹ en la forma inconfundible que los hemos conocido hasta hoy: formato «in folio», encabezado por una leyenda y el grabado que representa la imagen de la advocación, el texto distribuido en columnas y la «oratio» final, a menudo con alguna inscripción musical y el pie con las señas del impresor, enmarcado todo dentro de una orla.²²

Gozos y «Goigs» de Valencia al Rosselló

Ya hemos dicho que los «goigs» son un fenómeno que principalmente se da en las tierras del antiguo reino de Aragón y aunque nos reframos a ellos como «goigs» tuvieron muchos nombres, también en sus versiones castellanas, fueran éstos «gozos», «coplas» o «llores». Según el tiempo o el lugar, en función de los autores o las circunstancias o los destinatarios de las composiciones, se ha usado tanto el castellano como el valenciano, el mallorquín o el catalán, siendo esta última la lengua de uso por excelencia.

El Reino de Valencia tuvo un florecimiento enorme en el siglo XVI y

12 Verdaguer, Mn. Jacint. *Excursions i viatges. Les caramelles. Obres completes*. Ed. Selecta. Barcelona 1974. p.1141

13 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 15

14 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 14: “fue el postrero immaculada”

15 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 159: “donzella immaculada”

16 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 12

17 Ver *Cristiandad* núms. 17 y 1013

18 Citado en Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 4

19 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 74

20 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 64. Y también en el facsímil CX p. 209

21 cf. Amades, J. Óp. cit. Vol I prefaci. pág. V

22 Ídem

su popularidad se conservó a lo largo de los siglos en una producción mayoritariamente en lengua castellana. De hecho, los más antiguos que conocemos en lengua castellana son los *Loores y gozos de la santísima Virgen María del Puig de Valencia* del siglo XVI, y son también los primeros que conocemos que presentan la forma clásica del formato impreso²³. Mallorca fue muy abundante en «goigs» y los más antiguos que se conocen son los *Goigs de la Mare de Déu del Lluch*, que, como no podía ser de otro modo, son otra versión más de los siete gozos de la Virgen María. En Aragón los gozos han sido también muy populares, principalmente en las tierras de habla catalana. Un uso muy minoritario se dio en Cerdeña por influencia catalana, llamándolos «gocius» o «gosos», pero su influencia estaba ya prácticamente borrada en el siglo XX. En cambio, el antiguo principado de Cataluña, incluido el Rosellón, ha sido desde siempre el lugar en el que los «goigs» se han producido con mayor abundancia, especialmente en Barcelona, la plana de Vich, el Bages, el Solsonès y la Garrotxa.²⁴

No obstante esta difusión territorial y secular, es un hecho muy notable que los principales «goigs» que se cantan a Cristo y a la Virgen del Rosario sean exactamente los mismos, con alguna variante lingüística, desde Valencia al Rosellón.²⁵

Autores

Según Joan Amades si se examinan los gozos con un poco de detenimiento, pronto uno se da cuenta de dos procedencias diferentes; una que podríamos calificar de «floralesca»: elevada de conceptos, refinada

de formas, escogida de lenguaje y toda ella muy selecta y superada; y la otra, merecedora del calificativo de popular, toda ella en un plano más humilde y simple en su forma, pero no por ello falto de sentido emotivo y a menudo de gran realismo.²⁶

En la mayoría de los casos los «goigs» son anónimos. Las veces que figura en ellos el autor en muchos casos se trata del párroco del lugar, algún predicador popular –como el caso del beato fray Diego de Cádiz²⁷– o algún religioso, algún aficionado a las letras y en muy contadas ocasiones de algún poeta «profesional» como Joan Pujol, Pere Serafí, Jacint Verdaguer, Guerau de Liost, etc.

Tipos

Los poemas que por convención denominamos «gozos profanos» toman del género de los «goigs» solo sus aspectos formales, mientras que prescinden de sus aspectos temáticos. Los «goigs profans», más que un subgrupo, son una parodia de los gozos²⁸ y por tanto no nos ocupamos de ellos en este artículo.

Por otro lado, los tipos de «goigs» son tantos que cuesta resumirlos. Si bien originariamente son poesías de alabanza, rápidamente introducen oraciones imprecatorias de protección, salvíficas o curativas, según el patronazgo de las vírgenes o los santos y santas a los que se dirigieran; también se dan en las ocasiones de guerras, pestes o catástrofes naturales. En muchos casos se introducen elementos narrativos

26 Cf. Amades. J. Óp. cit. Vol I p. 73

27 Ver Serra de Manresa, fra Valentí. «El beato Diego de Cádiz y los gozos», *Cristiandad* 760

28 Seguimos en esto la opinión de Moreta y Tusquets, Ignasi en *Los gozos de Verdaguer: ediciones y estudios*

o descriptivos, como los descubrimientos milagrosos de las vírgenes, pasajes de la vida de los santos, con especial afición a los martirios, y hechos milagrosos.

No hay Virgen o santo que no tenga sus «goigs», en una o en muchas versiones, como los tiene en modo superlativo la Mare de Déu del Roser, que han sido durante siglos los más populares tanto en Cataluña o en Valencia, como en el Rosellón y las Baleares²⁹. Todos los momentos de la vida de Jesús son cantados también en «goigs» y no faltan tampoco los dedicados a las santas espinas, a sus llagas, a su sangre... o a su sagrado corazón.

En Gerona en 1686 se editaron los *goigs de la purissima sanch de Jesu-christ*:

*Jesús vostra sanch molt pura
es remey del pecador,
y al que devot la venera
alegría de son cor.*

Aún hoy se cantan en catedral barcelonesa las coplas en *llahor de la gloriosa Verge y martyr sancta Eularia* del 1589 donde se relata el último milagro sucedido en su martirio:

*Restant en creu descuberta
fos cuberta
ab la neu del cel preclara*

A *sant Magí*, mártir y patrón de Tarragona, que fuera médico, se le piden en todas las versiones de sus «goigs» la curación de males:

*Pus sou metge singular
tots vos deuen visitar
[...]pregant quens vullau curar
y de tots mals preservar
martyr Magí singular.*

Los *Goigs a sant Valentí* (1695), cuyo cuerpo se veneraba en Ribes de Fresser, agradecen que los libra-

29 Batlle, J. B. Óp. cit. p. 8

23 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 52

24 Amades, J. Óp. cit. Vol II p. 156ss

25 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 74

ra de la langosta y de la lluvia excesiva:

*Quan la llagosta venia
d'ella nos vàreu deslliurar
quan tot per pluja patia
fereu eixir lo sol clar.*

En Barcelona, en el día de su fiesta se cantan los modernos (1890) y populares *Goigs de la Mare de Déu de la Mercè*, con música del maestro Millet y letra de Mn. Verdaguer, no solo en su basílica sino también en la mayoría de las iglesias de la ciudad pidiendo repetidamente:

*Princesa de Barcelona
protegiu nostra ciutat.*

También hay «goigs» que aluden en sus letras a los acontecimientos históricos y los hay que, movidos por avatares políticos, solicitan la intercesión celestial por la victoria. Los hay escritos a causa de la victoria de Lepanto, durante la Guerra dels Segadors, la Guerra Gran, la Guerra de Independencia, etc.

Las guerras carlistas también

dejaron un buen puñado de «goigs» como las *Súplicas a Ntra. Sma. Madre la Virgen de los Dolores, generalísima de los ejércitos de Carlos V, las Coblas per cantar en temps de camilleras en honor de la Verge Maria y nostre desitjat rey Carlos VII o los Gozos del glorioso Santiago apóstol patrón de España y martillo de la chusma liberal*.³⁰

En la guerra de Sucesión el Archiduque Carlos –el pretendiente Carlos III, al que se le dedicaron también algunos «goigs»³¹– erigió como patrona de sus Estados a la Purísima Concepción y en la ciudad de Barcelona le fue erigida una columna en el barrio del Born; el fervor religioso le dedicó entonces unos «goigs» solicitando el favor que se espera de la Virgen María en defensa de la causa de las libertades de la patria. En el 1713, con la ciudad de Barcelona sitiada se publicaron unos nuevos «goigs» titulados

30 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 273

31 Ver *Cristiandad* Núm. 557. p.177 y p.185

como *Afectuosos clamors en los quals se implora lo Socorro dels Sants Protectors de la Excelentíssima ciutat de Barcelona*. Y caída la ciudad, unos devotos erigieron en la capilla de Marcús una imagen de la santísima virgen María que intitularon *Nostra Senyora de la Llibertat*, a la que se le dedicaron también unos gozos.³²

Hasta nuestros días...

Aún hoy en día se siguen escribiendo y cantando «goigs». Quien haya recorrido Cataluña poco o mucho, habrá hallado en cualquier iglesia o ermita las inconfundibles láminas de los «goigs»; o si ha participado en las fiestas patronales, habrá podido escuchar el canto de los «goigs» con el concurso de los fieles. Es, a Dios gracias, una tradición que, aunque lastrada por el laicismo y el enfriamiento de la piedad de los tiempos en que vivimos, sigue viva todavía.

32 Amades, J. Óp. cit. Vol I p. 257

¡Alégrate! llena de gracia

El Señor concedió a María la gracia extraordinaria de un corazón totalmente puro, en vista de un milagro aún mayor: la venida al mundo, como hombre, de Cristo Salvador (cf. Lc 1,31-33). La Virgen lo supo, con el asombro propio de los humildes, por el saludo del ángel: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (v. 28) y con fe respondió su «sí»: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (v. 38).

León XIV, ángelus, solemnidad de la Inmaculada Concepción (2025)



Centenario allende de la mar

José María García hnssc

Schola Cordis Iesu en Chile también ha celebrado los cien años de la asociación con una jornada familiar que tuvo lugar el pasado 18 de octubre.

No han pasado cien años desde que Antonio Pérez-Mosso fue a la diócesis de Valparaíso, en Chile, larga tierra andina de mapuches, la del conquistador Pedro de Valdivia y los misioneros jesuitas que derramaron su sangre en La Araucanía, la tierra del sequísimo desierto de Atacama, de los volcanes y lagos del Sur y de la fría Patagonia. Antonio fue a Chile a formar seminaristas, primero en Valparaíso, luego en San Bernardo, diócesis del sur de Santiago. No han pasado cien años desde entonces, eran los años ochenta.

Dos sacerdotes, **Antonio Pérez-Mosso** y **Jesús del Castillo**, son llamados por monseñor Orozimbo a formar seminaristas en San Bernardo. En 1989 piden ayuda a Schola en España para esta labor formativa y Antonio Amado se ofrece a cruzar el Atlántico. Comienza entonces toda una labor de transmisión del tesoro de Schola Cordis Iesu. El **seminario de San Bernardo** queda entusiasmado con la espiritualidad del Corazón de Jesús, la infancia espiritual y las claves de la crisis del pensamiento

moderno. Ya entonces, de un modo sutil, Schola estaba haciéndose internacional.

No hubo un programa, no hubo estrategias ni cálculos, sencillamente sucedió como suceden tantas cosas. Providencia. Una Providencia callada y pequeña. Pero fuere como fuere, toda una generación de sacerdotes en San Bernardo estaba ya penetrada por la piedad y la formación recibidas del padre Orlan-dis, Canals y compañía.

Algo tan sencillo como creer en la primacía de la gracia hace que un sacerdote no tenga miedo a sentarse horas en un confesionario, y ese sacerdote va dejando chispas de Sta. Teresita en un alma por aquí y en otra por allá. A la vez, al terminar de confesarse esa alma se encuentra con que está expuesto el Santísimo en la iglesia donde se ha confesado y, allí mismo, se arrodilla ante Cristo Rey. En pocos años, la diócesis entera estaba transformada. Algunos de esos seminaristas y sacerdotes fueron luego y son ahora rector del seminario, director espiritual, obispo de Villarica, y cada



Encuentro de familias de Schola Chile, octubre 2025

uno en su lugar, continúa transmitiendo lo recibido. Pudiera parecer que estas frases tienen algo de grandilocuencia, pero pretenden todo lo contrario. Todo esto sucedió sin cálculos ni estrategias. Antonio Pérez-Mosso, Jesús del Castillo y Antonio Amado sencillamente hablaron de lo que tenían en el corazón.

A día de hoy, un buen grupo de esos sacerdotes de San Bernardo siguen teniendo a Antonio como maestro y son buenos amigos de la comunidad de la Hermandad de Chile.

Con el tiempo Antonio Pérez-Mosso dejó aquella labor, volviéndose a España. Esto le permitiría dedicarse a cultivar algo que llevaba tiempo guardando en su interior: la Hermandad. Pero Antonio Amado se quedó en América, encontrando un colegio donde necesitaban profesores de filosofía. El colegio San Francisco de Asís, creado por don Alberto Vial Armstrong. De un modo natural, con su misma enseñanza, fue juntándose un grupo pequeño de personas en torno al colegio que se reunían con **Antonio Amado para leer encíclicas y rezar el**

rosario. Es decir, a aprender y confiar. Aprender para confiar. Así es, la verdad de la historia, del Evangelio y del Magisterio conducen a la confianza. Era un grupo muy libre y fluctuante, unos iban y no volvían, otros permanecían más y otros menos. Leían *Cristiandad*, tomaban un café, algo de convivencia, un asado a final de año...

En torno al año 2005 ya había una conciencia en España de que existía Schola en Chile. Un grupo pequeño y muy libre, sobre todo formado por alumnos de filosofía y Antonio Amado. Grupo que fue abrazado por los sacerdotes de la **Hermandad cuando en el año 2009, el colegio San Francisco de Asís les pidió atender espiritualmente el colegio.** Tres sacerdotes de la Hermandad aterrizaron en la tierra de la cueca y el asado, sin chupalla ni capa, pero con un gran celo apostólico, con la ilusión de formar a todos esos alumnos y profesores en el magisterio de la Iglesia y con la esperanza de que siguiera creciendo esa legión de almas pequeñas con el que soñó el padre Orlandis.

Dieciséis años lleva la Herman-

dad en América. En este tiempo, su labor principal ha sido atender el colegio, además de atender parroquias en La Florida y en La Reina, distintas comunas de Santiago. Conaturalmente se ha ido formando un grupo de Schola en torno al colegio que ya no es sólo de alumnos de filosofía. Actualmente hay un buen grupo de alumnos que tienen una charla de formación los viernes por la tarde; hay otro grupo de jóvenes, universitarios y profesionales, que también tienen su charla de formación el viernes. Al terminar se unen los alumnos y jóvenes en una misma Hora Santa; hay otro grupo de matrimonios jóvenes con su formación y oración y otro grupo de adultos.

De algún modo, Schola y la Hermandad han configurado la formación catequética del colegio, en el que hay familias que viven su fe en otras realidades de la Iglesia, como pudiera ser el Camino Neocatecumenal o Schönstatt. Pero además de esta formación, fruto del abrazo mutuo del colegio y la Hermandad, Schola tiene su grupo de formación

y piedad que, poco a poco, va trascendiendo los límites del colegio. Está siendo una experiencia gozosa ver cómo jóvenes universitarios que no son exalumnos del colegio se están acercando a las charlas de Schola atraídos por su formación y su espiritualidad.

Nuestro sector en Chile, Las Condes, ofrece un contexto social y eclesiástico de muchas iniciativas apostólicas. Los colegios y universidades católicos ofrecen múltiples posibilidades de apostolado, especialmente a través de misiones en poblaciones más necesitadas. Algunos de estos proyectos misioneros ofrecen algo de formación, pero el acento es normalmente apostólico. Eso me hace pensar en la basta labor formativa que se le ofrece a *Schola* en estas tierras. Recientemente, a mediados de noviembre, más de ciento cincuenta jóvenes universitarios se bautizaron y confirmaron en la catedral de Santiago gracias a la labor apostólica de estas universidades. Muchos de estos jóvenes tienen el deseo de crecer en su conocimiento de la fe y el Magisterio. Muchos de ellos tienen algo maravilloso que descubrir en el camino de infancia espiritual. Muchos de ellos tienen sed de adoración y re-

paración de las entrañas misericordiosas de Dios. Schola tiene una noble y necesaria misión aquí en Las Condes, y quizás más allá. ¿Puedo imitar a monseñor Orozimbo y, desde este artículo, preguntar a Schola de España si alguno quiere venirse a formar tantas almas?

Schola tiene una noble y necesaria misión aquí en Las Condes, y quizás más allá. ¿Puedo imitar a monseñor Orozimbo y, desde este artículo, preguntar a Schola de España si alguno quiere venirse a formar tantas almas?

Propuestas a parte, el pasado sábado 18 de octubre, con muchísimo gozo pudimos juntarnos más de doscientas personas a celebrar los cien años de *Schola Cordis Iesu*. Fue una jornada sencilla de convivencia donde se vieron las caras de las distintas generaciones, unos para mirar con respeto a los más experimentados, otros para mirar con esperanza a los jóvenes. Y to-

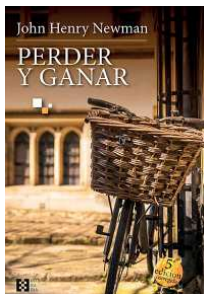
dos mirando al centro, al Corazón de Jesús. Pudimos hacer una consagración de Schola Chile al divino Corazón, poniendo en sus manos y a su servicio toda esta labor; celebramos una misa donde el padre Javier Jaurrieta recordó –con pasión– los fundamentos en que hemos sido formados y que queremos seguir transmitiendo; hubo adoración al Santísimo, entretenidos juegos donde se pusieron a prueba los conocimientos adquiridos, una buena paella cocinada por un ejército de cocineros, un compartir y un rosario final embellecido con lindas canciones chilenas a la Virgen.

Damos gracias a Dios por sus misteriosos y sencillos caminos, que no hacen sino confirmar que Él sigue queriendo celadores del Apostolado de la Oración, devotos de su Corazón, almas que, en pobreza y sencillez, se le consagran, totalmente desconfiados de sus propias fuerzas, que santa Teresita ha de seguir ayudando a las almas de todo el mundo a estar cada vez más en los brazos del Padre, y que el pueblo fiel tiene sed de piedad y formación que ilumine sus mentes y encienda sus corazones.

La verdad como principio para la conformación de la universidad

La Verdad, sea de orden físico, moral o espiritual, es el objeto propio del intelecto. Y la Universidad es el lugar donde se enseña la verdad completa. No es la conveniencia, ni la utilidad, ni la simple adquisición de destrezas lo que constituye su fin, sino la búsqueda desinteresada de la verdad por sí misma. La Universidad existe para hacer conocer esa verdad, para transmitirla, para preservarla y para impartirla en su totalidad.

San J. H. Newman, *The Idea of a University*, Discourse II, §9



Orientaciones bibliográficas

Samartino, Marc

John Henry Newman, *Perder y ganar*
Encuentro (2017)

EL joven Charles Reading es un estudiante novicio, ingenuo e intelectualmente muy capaz, cariñoso y agradecido con su familia y sensible ante la belleza de la creación. Confía en la religión de su país, Inglaterra, que ha profesado desde que tiene uso de razón y en la cual ha sido educado, siendo su padre clérigo de una importante parroquia y popularmente querido. La universidad presenta un clima anormalmente heterogéneo en cuanto a opiniones religiosas, la doctrina de la «Iglesia» anglicana y su autoridad se ven frecuentemente cuestionadas por los jóvenes universitarios, quienes con asiduidad se reúnen y discuten distintos puntos. Poco después del inicio de sus estudios y tras haber presenciado varias de las reuniones, el joven Charles hace suyas varias de las razonables dudas, fruto de la dialéctica entre sus compañeros; la certeza de contradicciones doctrinales e incoherencias internas junto con el descubrimiento de la necesidad de un aparato dogmático para que algo pueda ser considerado verdadero, se adentra en su corazón, y no es alguien que pueda dejar las verdades durmiendo en su cerebro sin llevarlas hasta sus últimas consecuencias; sin embargo, no se precipitará y le llevará un tiempo desarrollarlas.

El concepto de la fe, indefinible para la totalidad de los compañeros y profesores con los que comparte espacio, es fuente incesante de dudas para Charles; la fe ha de ser necesariamente algo racional, puesto que es el alma racional lo que caracteriza al humano, y debe existir algo a lo que dar fe, esto es: un Credo (aunque no sea suficiente la existencia de éste para ser tenido por cierto, Charles concluye que sin éste no puede una religión ser verdadera). Se encuentra en las disertaciones con una generalizada confusión doctrinal en multitud de cuestiones (como la necesidad de la gracia, la predestinación, la importancia de las obras y la vida moral, la historicidad de la «Iglesia» anglicana y su teórica sucesión apostólica, y, lo que más decisivo será en su caso, la inconciabilidad entre los artículos de la fe anglicana y el *Prayer Book*) no solo entre los estudiantes, también entre los maestros y autoridades –vivos y muertos– de la universidad.

Mr. Vincent, uno de los tutores junior (arquetipo del «espíritu oxoniense» de la época), incomoda con frecuencia a Charles con sus argumentaciones; con su lenguaje –piensa Charles– quiere parecer sabio y refinado, adalid de una falsa y fideísta prudencia que busca constantemente el punto medio entre los

«extremos» y que no hace sino recomendar no tomar partido alguno por ninguna verdad. Trata de atemorizar a los estudiantes para que no piensen demasiado y no lleven demasiado lejos las consecuencias de sus ideas: «es peligroso» –dice–, «los errores son verdades llevadas demasiado lejos, nos hacen el trabajo sucio, pero debemos alejarnos de ellos, hay que conciliar todo, hasta lo inconciliable». Esto no hace más que turbar la mente de Charles, quien a pesar de su timidez no es un

Al protagonista le irrita la falta de compromiso para con la Verdad que descubre en la mayoría de sus contemporáneos, juzga que no les inquieta conocer, discernir y amar lo verdadero, sino vivir acomodadamente y lograr prestigio, evitando a toda costa las controversias que les puedan surgir por seguir la voz de su conciencia.

pusilánime; no puede sino desconfiar de una figura doctrinal que no actúa, piensa y aconseja de modo razonable. Podría llegar a fiarse de una autoridad legítima, la cual, si es que existe –piensa– no puede definir nada falso ni irracional.

En vacaciones los estudiantes vuelven a sus casas, pasan tiempo con sus familias y estudian para los exámenes. En medio de las tribulaciones que causaban todas las dudas en su alma, Charles recibe una terrible noticia que podría hundir a cualquiera: su padre ha muerto. Es entonces fuertemente tentado,

y parece dejar de lado lo que en el momento le parece un sueño ocioso y una quimera: la búsqueda de la Verdad. Se siente harto de tantas teorías, se dedicará a lo realmente importante: sus obligaciones de estado, cuidar de su madre y sus hermanas; esa es la verdadera realidad, donde le quiere la Providencia y donde él debe estar. A pesar de ello, la Verdad ya le había tocado y no podía dejarla morir en su alma; a medida que se dedicaba con gran esfuerzo al estudio y a la obediencia a la universidad, las dudas y silogismos se iban haciendo más sólidos y una nueva doctrina se afianzaba en su corazón.

Sorprende el notable esfuerzo que desde las autoridades anglicanas se derrocha en controlar el buen comportamiento y –mayormente– la no disidencia ideológica de sus estudiantes, mediante el uso de vigilantes llamados «*bulldogs*», que obedecen a los «*proctores*». Como la experiencia demuestra en las culturas puritanas, hay notables extravagancias y contradicciones que nada agradan al joven Charles, como la institucionalizada borrachera el «Lunes después de la Trinidad». Es especial motivo de escándalo para el joven la discordancia entre la pobreza evangélica y la vida de gran parte de los fieles y autoridades de la secta anglicana; llega a escribir en una carta que durante muchos años ha deseado seriamente no ser rico ni promocionar nunca en la Iglesia, le molestan los alumnos «*snobs*» que, cuando es tutor, no le toman en serio y le tratan con altivez, como reza el dicho: «*Bene nati, bene vestiti, mediocriter docti*».

Le irrita por igual la falta de compromiso para con la Verdad que descubre en la mayoría de sus contemporáneos, juzga que no les

inquieta conocer, discernir y amar lo verdadero, sino vivir acomodadamente y lograr prestigio, evitando a toda costa las controversias que les puedan surgir por seguir la voz de su conciencia. Dolorosamente, su madre, sus hermanas y sus mejores amigos –al igual que la totalidad de los que tratan de evitar su conversión a la fe católica– tratarán de convencerle con las máximas del mundo: la honra a las ideas de la familia –en especial de su fallecido padre– y la buena fama, una vida –aparentemente– ya solucionada, el dinero y los buenos puestos, tantísimas amistades a conservar... Esto causa un enorme sufrimiento en el joven, que experimenta como debe lidiar con la incomprensión de sus seres más queridos en el momento de mayor dolor que hasta ahora ha vivido, y dejarlo absolutamente todo por seguir a Jesucristo y salvaguardar su bienaventuranza eterna, a pesar de su amor a su madre y sus hermanas, y el gran dolor que le causa deber abandonarlas e incluso ser aborrecido por ellas.

Llega profundamente al corazón el momento ya avanzado en la novela en que Charles se encuentra por la noche con una antigua y grande cruz en medio del bosque, iluminada por la luz de la luna, poco después de haber caído en cuenta de que su compañero y amigo Willis es una especie de alma gemela para él; Charles está experimentando por primera vez en su vida la comunión de los santos. En ese mismo momento descubre, aunque no sea del todo consciente de ello, que hay algo divino que mueve de forma sinérgica a todos cuantos forman parte del Cuerpo místico cuya cabeza es el Verbo eterno de Dios, y que resucitarán gloriosamente con Él en el fin de los tiempos. Se postra ante la cruz y no puede evitar



Encuentro de J.H. Newman con el pasionista san Domenico Barberi que tanto tuvo que ver en su conversión. Parroquia Domini Barberi, en Littlemore (Oxford)

santo Antonio Molle Lazo, degollado y descuartizado vivo, martirizado por odio a la Fe como tantos otros correligionarios patrios al grito de «Viva Cristo Rey» nada menos que –huelga decirlo– el siglo pasado en el suelo que ahora mismo pisamos... entre el poeta locamente enamorado, el cruzado, el sacerdote, el artista, el místico, el campesino, el maestro que ama a sus discípulos, el médico que se desvive por sus enfermos, el monarca que muere por su

pueblo... o el burgués.

O somos de Yahvé Sebaot, Señor de los Ejércitos, y procuramos «recapitular todas las cosas en Cristo», buscando el Reino de Dios y su justicia y amando participar con goce en esto que se nos ha dado llamado tiempo, que no es sino la liturgia en que el drama de la creación divina se manifiesta mediante el Cuerpo místico de su Iglesia al que pertenecemos... O, por el contrario, somos del pueblo que asume la «*weltanschauung*» puritana «yankee» y el aburrido espíritu del comercio, que se conforma con el erróneamente llamado «mal menor», al servicio de la tecnocracia gnóstica que no se acuerda ni quiere acordarse de que la técnica, la ciencia y la economía deben servir a la vida buena de todos los hombres, al bien común, al fin verdadero del hombre que no se queda en una producción enfocada en la zoológica, competitiva y egoísta subsistencia biológico-material, sino que se fundamenta en la contemplación del Bien, la Verdad y la Belleza.

«Todo por el Amor y que se pierda el mundo», «Nada, nada, nada».

rezar ante ella, como un «romanista» (así se llamaba vulgarmente a los católicos en Oxford) a su Madre en el Cielo. Al llegar a casa ve una extraña carta con unos escritos apologéticos sobre la fe católica; se va a dormir, todavía exaltado, para leerla a la mañana siguiente.

Nuestro Charles decide finalmente marchar de Oxford a pesar de todas las dificultades que se le presentan y, providencialmente, ya en el tren de camino a Londres, se sienta delante de él un hombre inconfundible por su estética; un sacerdote católico. Tras largo rato cavilando debido a su timidez (hasta entonces jamás ha visto a un cura católico), conversa con él, y éste le facilita el contacto de una parroquia londinense perteneciente a los pasionistas.

Charles va allí y experimenta por segunda vez el misterio de la comunión de los santos al presenciar lo que él mismo llama el primer acto de culto verdadero que ha contemplado: una santa misa. Niños, ancianos, obreros, ricos, todos postrados y adorando al Cordero, la Cabeza del glorioso Cuerpo que nos hace

dignos de atrevernos a hablar con Dios rezando el «*Pater noster*».

Perder y ganar es una novela autobiográfica de lo que siempre será de inmediata actualidad: la vida de un santo. En nuestro caso, del ahora recién proclamado doctor de la Iglesia católica san John Henry Newman, bajo el pseudónimo de Charles Reading debido al ostracismo en que se encontró al escribir su autobiografía, ya convertido a la fe católica.

Dadas las disyuntivas que se le presentan y el modo «dialéctico» de cavilar del autor es, a mi juicio, algo indudablemente providencial y adecuado para los cristianos de nuestros tiempos.

Y nosotros, los que vivimos en una época con tantos avances y comodidades, nos preguntamos: ¿Somos como Charles Reading o somos como «el resto»? Nos encontramos en una situación en que es imperativo escoger entre san John Henry Newman, entre el mismísimo salmista, el rey David, entre Miguel de Cervantes, santa Teresa de Jesús, el apóstol Santiago, Carlos V, Ramon Llull, el padre Orlandis, el heroico



Pequeñas lecciones de historia

San Jerónimo (2): la formación cristiana en Aquilea

Gerardo Manresa Presas

TERMINADOS sus estudios en Roma, por el año 367, Jerónimo se vuelve hacia el norte, a su tierra natal, junto con su amigo Bonoso, que también bajó a Roma con él para sus estudios, pero Jerónimo no va a Estrión, de la que no tiene buenos recuerdos, sino que va a Aquilea y Tréveris, capital por aquellos años del Imperio romano. Aunque se movió mucho durante los siete años que estuvo junto al Rin, su lugar principal de residencia fue Tréveris. Este movimiento lo demuestra el conocimiento que llegó a tener de las principales ciudades germánicas y gálicas¹

Allí empezó su vida de **copista**. Copió de propia mano el «Tratado sobre los salmos davídicos» y el voluminoso «Libro de los sínodos» de san Hilarión².

Pero ya en este período, Jerónimo quiso empezar a servir a Cristo y así lo confiesa en una carta a su amigo Rufino, que le dirige en forma de oración: «Yo fui el primero en quererte servir (a Dios) cuando, después de los estudios ambos (con Ru-

fino) compartimos mesa y albergue junto a las riberas semibárbaras del Rin»³. En esta época Jerónimo tenía un grupo de amigos que se tenían mucho afecto, afecto que perduró hasta muchos años después. Se llamaban el «coro de los bienaventurados».

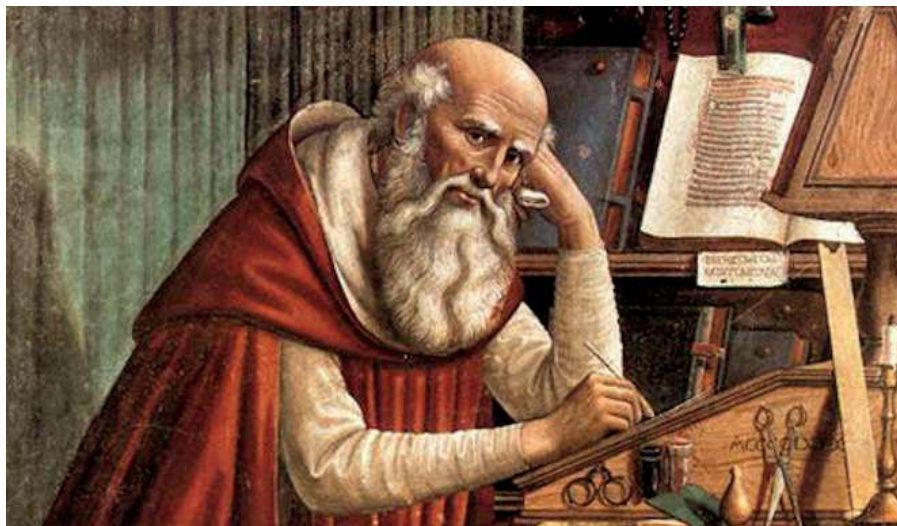
En este período de estancia en lo que él llama «las tierras semibárbaras del Rin», **Jerónimo hace acopio de obras**, como las que se trajo de Roma, que eran «alimento para el alma cristiana, que ha de meditar día y noche en la ley del Señor»⁴. De esta época data el primer comentario al profeta Abdías que era un trabajo con una orientación místico-alegórica. Fue el primer trabajo que hizo por su ardiente amor a la Sagrada Escritura. Él dirá más tarde que lo escribió en su adolescencia, antes de ir al desierto, enfocado en la interpretación profunda y simbólica de las palabras de juicio contra Edom, donde Dios castiga el orgullo y la autoexaltación, interpretando la soberbia de Edom como una lección sobre la humildad y la justicia divina. Así apareció su

1 Carta 123,16

2 Carta 5,2

3 Carta 3,5

4 Carta 52



primera obra exegética, que había dado por perdida hasta que, años después, un joven venido de Italia le trajo un ejemplar y se lo mostró entusiasmado. El que dicho ejemplar le llegara de Roma significaba que ya en Roma había iniciado su futura forma de vida.

Años más tarde, en el año 396, en el prólogo de su nuevo *Comentario a Abdías*, dedicado a Panmaquio, rememora Jerónimo los «dulces» años siguientes a los estudios de Roma, cuando los amigos de Aquilea comenzaron a emprender caminos diferentes y «Yo y Heliodoro nos preparábamos para la soledad del desierto sirio de Calcis».⁵

Estos años en Tréveris, los considera, Jerónimo, como años de transición, en ellos nace en él su **vocación de asceta** y en ellos ensaya la que será una de sus principales ocupaciones, la de copiadore. En ellos hará grandes progresos de forma de manera que pocos años

5 PL 25,1098

después, quizás en 375, podrá decir a Florencio, monje de Jerusalén: «y como, por largueza del Señor, poseo una biblioteca sacra rica en códices, a ti te toca encargar; te enviaré todo lo que desees. No me resulta cosa pesada, porque tengo un grupo de alumnos interesados en la transcripción de obras antiguas»⁶. Por ello parece ser que había podido formar sino una escuela, sí un grupo de jóvenes a los que les ilusionaba dicha tarea.

De todas las cartas que tenemos de Jerónimo se puede deducir la gran importancia que tuvo para él su estancia en Aquilea.

El «coro de los bienaventurados»

El «coro de los bienaventurados», como llama Jerónimo a sus amigos de Aquilea en su *Crónica*, son los destinatarios de las primeras cartas, significaba un movimiento consolidado de ascetismo al que pertenecían las figuras de Cro-

6 Carta 5,2

macio, promotor y guía espiritual del grupo, y de Heliodoro, que años más tarde fue nombrado obispo de Altino, ciudad próxima a Aquilea. A este grupo pertenecían también Rufino y Bonoso, que luego fue anacoreta en una isla solitaria del Adriático y que le habían acompañado en los estudios de Roma. En el grupo hay clérigos y seglares, pero en todos ellos puede distinguirse una alta talla moral.

Este grupo al cabo de los años se irá diversificando en el seguimiento de su vocación cristiana, lo cual alegraba a Jerónimo al ver cómo todo su «coro de bienaventurados» seguía el camino a la patria celestial. En el mismo contexto ascético había también un grupo de mujeres que tenían su residencia en la ciudad cercana de Hermona.

Para Jerónimo, Tréveris y Aquilea fueron en su formación cristiana lo que fue Roma en su formación humana. Son unos siete años de vivencias acumuladas, muy distintas de las de Roma. Aquí gustó con toda intensidad los nuevos modos de vida religiosa, incluso muy relacionada con el arrianismo. Se atribuye a san Atanasio durante su destierro en Tréveris, buena parte del florecimiento de la vida ascética en Occidente y su influencia indirecta en Jerónimo.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

Por la oración con la Palabra de Dios.

Oremos para que la oración con la Palabra de Dios sea alimento en nuestras vidas y fuente de esperanza en nuestras comunidades, ayudándonos a construir una Iglesia más fraterna y misionera.



Por los niños con enfermedades incurables.

Oremos para que los niños que padecen enfermedades incurables y sus familias reciban la atención médica y el apoyo necesario, sin perder nunca la fuerza y la esperanza.



emos leído

Aldobrando Vals

Catastrofismo climático, la lenta admisión del error



Escribe Stefano Magni en La Nuova Bussola Quotidiana sobre las señales, cada vez más numerosas, de que el catastrofismo climático (que muchos han creído como si fuera una verdad de fe) es una percepción, como mínimo, enormemente exagerada:

«Después de Bill Gates, también en Europa comienzan las maniobras de marcha atrás. Aún no son oficiales, todavía están por debatir, pero las declaraciones de los comisarios y los artículos de los expertos, además de las intervenciones de las asociaciones del sector, dibujan un panorama bastante claro: Bruselas nos estaba obligando a forzar la máquina y ahora está empezando a fijar objetivos más realistas y menos destructivos. Pero esto implica un cambio de paradigma: ya no se basa en el catastrofismo climático, sino que se prevé un largo período de adaptación y mitigación. Hasta ahora, de hecho, los programas más costosos se justificaban por la prisa en intervenir a tiempo para salvar el mundo.

En el ámbito científico ha causado revuelo la retirada de uno de los estudios más consultados por

los gobiernos. El artículo, publicado en abril de 2024 en *Nature*, estimaba una caída del 62% de la actividad económica mundial para 2100 en un escenario en el que los gobiernos no redujeran las emisiones de CO₂. El estudio en cuestión comenzó a recibir críticas cada vez más precisas de otros científicos, hasta que se demostró que los cálculos eran erróneos debido a problemas que se originaban en la propia metodología utilizada. Tras la revisión, el colapso



de la actividad económica mundial para 2100 ya no es del 62 %, sino del 23 %. Tras intentar una corrección, los autores prefirieron retirar el artículo por completo.

Si Europa está cambiando de opinión es porque en Estados Unidos ya han entrado en una nueva era. Las

encuestas publicadas en *Newsweek*, una revista de la izquierda estadounidense, revelan un progresivo desinterés por los temas climáticos, cada vez mayor sobre todo en la izquierda estadounidense. La derecha, por el contrario, siempre ha sido muy escéptica. ¿Ha contribuido Bill Gates con sus declaraciones contra el catastrofismo y el pensamiento apocalíptico sobre el clima? Todavía no, porque las encuestas en cuestión se refieren al año 2024.

La revista británica *The Spectator*, en un artículo firmado por Matt Ridley, señala una tendencia mundial en esta dirección. Esto se refleja también, y sobre todo, en la economía: «En octubre, la Net Zero Banking Alliance cerró sus puertas después de que JPMorgan Chase, Citigroup, Bank of America, Morgan Stanley, Wells Fargo y Goldman Sachs lideraran una salida masiva de otros bancos. Shell y BP han vuelto a ser compañías petroleras, para alegría de sus accionistas. Ford está a punto de dejar de fabricar camionetas eléctricas que nadie quiere. Cientos de otras empresas están abandonando sus objetivos climáticos. Australia se ha retirado de la organización de la conferencia sobre el clima del próximo año».

El propio Matt Ridley recuerda: «Escribí por primera vez un artículo catastrofista para *The Economist* sobre las emisiones de dióxido de carbono que atrapan el calor en la atmósfera en 1987, hace casi 40 años. Pronto me di cuenta de que el efecto era real, pero que la alarma era exagerada, que los efectos de retroalimentación se exageraban en los modelos. El efecto invernadero era probablemente un ligero inconveniente más que una amenaza existencial. Por esta blasfemia fui insultado, censurado, incluido en una lista negra, tildado de «negacionista»



y, en general, considerado un tipo malvado. En 2010, en las páginas del *Wall Street Journal*, debatí con Bill Gates, quien se burló de mi argumento de que el calentamiento global probablemente no supondría una catástrofe, por lo que es un placer ver que hoy comparte mi opinión».

El eclipse de Dios y la tecnología digital



El *Church Life Journal* de la Universidad de Notre Dame acaba de publicar un texto de Jason Openo a partir de las reflexiones del gran sociólogo de la comunicación canadiense y converso al catolicismo Marshall McLuhan:

«McLuhan predijo algo parecido a Internet en 1962, y al contemplar la aparición de esta inteligencia en red, previó que este mundo desencarnado de información electrónica sería la amenaza definitiva para la Iglesia. McLuhan escribió:

“Creo que éste podría ser el momento del Anticristo. Cuando la

electricidad permita la simultaneidad de toda la información para cada ser humano, será el momento de Lucifer. Él es el más grande ingeniero electrónico. Técnicamente hablando, la época en la que vivimos es ciertamente favorable a un Anticristo. Piénselo: cada persona puede sintonizar instantáneamente con un «nuevo Cristo» y confundirlo con el verdadero Cristo. En tales momentos se vuelve crucial escuchar correctamente y sintonizarse en la frecuencia correcta”.

El Anticristo no es sólo una persona o cosa, sino también un proceso de engaño religioso que ofrece una aparente solución a los problemas humanos que es incompatible con la fe. A través de este engaño espiritual, la humanidad llega a glorificar a la criatura en lugar de al Creador. McLuhan sugiere que Internet —que permite una información espontánea al alcance de todo ser humano— tiene una importancia crítica para el ascenso del Anticristo.

El primer nivel de engaño espiritual se produce en la naturaleza intrínseca de la comunicación digital desencarnada. Como dice McLuhan:

“Los entornos de información electrónica, al ser totalmente etéreos, fomentan la ilusión de que el

mundo es una sustancia espiritual. Aparece así como un facsímil del Cuerpo místico, una flagrante manifestación del Anticristo”.

Este mundo desencarnado es una “tremenda amenaza para una Iglesia encarnada” porque la humanidad queda “hipnotizada por sus propias tecnologías”.

La ilusión espiritual creada por estas formas etéreas de comunicación electrónica se ve favorecida por su infinita inmediatez. A diferencia de un libro, que tiene tapas, o incluso de una enorme biblioteca con sus miles de estanterías, internet no tiene principio ni fin, ni entrada ni salida a su colección de aplicaciones web y entornos digitales en red. El deseo humano de lo novedoso encuentra su terreno perfecto en internet, donde no existen fronteras y todo bien-material o de información- puede comprarse y consumirse, alimentando así un apetito insaciable. Internet amplifica la «creación organizada de insatisfacción» ideada por la General Motors, dando pie a un espíritu inquieto que debe mantenerse en constante movimiento. Como se-

ñala C.S. Lewis en *Cartas del diablo a su sobrino*, «el camino más seguro al Infierno es el gradual, la pendiente suave, blanda bajo los pies, sin giros bruscos, sin hitos, sin señales» o, en

La conectividad constante representa una niebla digital que desplaza el amor de Dios hacia la distracción infinita.

otras palabras, el *scroll* infinito, esa característica adictiva y omnipresente de los teléfonos móviles que ofrece contenidos sin interrupción a los usuarios.

Así, la conectividad constante representa una niebla digital que desplaza el amor de Dios hacia la distracción infinita.

La única historia que importa es la que nosotros inventamos, cumpliéndose así el objetivo del Anticristo: que la gente glorifique a la criatura en lugar de al Creador. El

mayor daño de este nuevo frente en la batalla espiritual lo causa el rechazo de la era posmoderna a todas las metanarrativas, muy especialmente a la historia cristiana de la caída, la Redención y la llamada universal a la santidad.

Reconocer claramente esta situación equivale a recordar que Jesús siempre nos indica que estemos preparados y nos mantengamos despiertos... Observa el impacto alienante de la tecnología en tu vida. Recuerda que Lucifer es un gran ingeniero electrónico y deja el smartphone cuando llegues a casa del trabajo. Elige ir a misa. Participa conscientemente en la Eucaristía. Sal de tu camino para conocer a otras personas.

El antídoto, ahora y siempre, serán las disciplinas espirituales de la oración, el ayuno y la limosna. Como dice McLuhan: «Sólo al nivel de un cristianismo vivido el medio es realmente el mensaje». El mensaje de Jesús debe pasar a tu vida y a tu decisión intencionada y deliberada de no permitir que la tecnología digital se interponga entre tú y Dios».

María, Madre de Dios

La confesión de que María es *Deipara*, o Madre de Dios es la salvaguarda con la que sellamos y aseguramos de toda evasión la doctrina del apóstol, y el test con el que detectamos todas las falsedades de aquellos malos espíritus del Anticristo que han entrado en el mundo. Tal confesión declara que Él es Dios, implica que es un hombre, nos sugiere que sigue siendo Dios, aunque se ha hecho hombre y que es verdadero hombre aunque es Dios.

(...) Cuando los herejes emergieron nuevamente en el siglo XVI y planearon la aniquilación de la fe cristiana, no encontraron expediente más eficaz para su propósito que el de criticar e insultar los privilegios de María, pues sabían con plena certeza que si podían lograr que el mundo deshonrara a la madre, seguiría pronto la deshonra del hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en que el Hijo y la Madre van juntos.

San J.H. Newman, discurso decimoséptimo (1849)



Pro beatificación padre Enrique Ramière

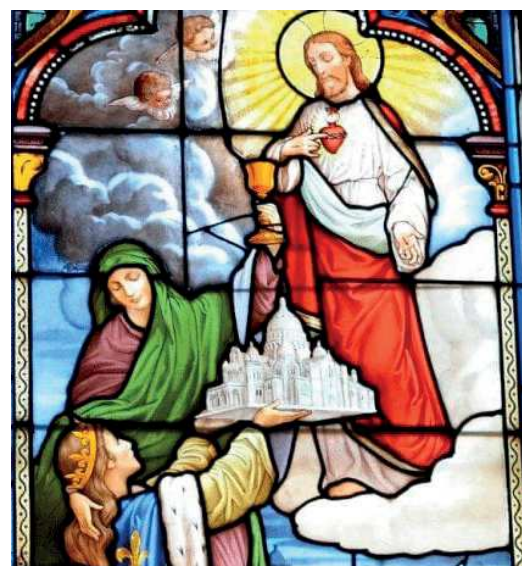
«En la escuela del Corazón de Jesús:
“Venga a nosotros tu Reino”»

EL reino del Corazón de Jesús»: esta expresión nos hace comprender ante todo que el Hijo de Dios, cuando bajó a la tierra para conquistar a la humanidad, no quiso establecer su imperio sobre nosotros mediante la fuerza y el miedo, sino únicamente mediante el amor... establecer en el mundo el reino del amor sobre las ruinas del reino del odio satánico y del egoísmo humano; sustituir la ley del miedo, que hasta entonces era la única capaz de mantener la sociedad de los creyentes, por una nueva ley que se resumiría enteramente en el amor; hacer de esta caridad divina, que es la ley de los santos en el Cielo, la única ley de los peregrinos en la tierra, es una empresa que sólo un Dios podría concebir. Es aquella que Jesucristo concibió y que está, desde hace dieciocho siglos, en proceso de ejecutar; a esta empresa la llamamos el Reino del Corazón de Jesús.

Enrique Ramière, *Méssager* abril de 1863

Comentario:

El 11 de diciembre de 1925, S.S. Pío XI instituye en la liturgia de la Santa Iglesia, la solemnidad de Cristo Rey. Dilatándose el camino hacia la fiesta progresivamente, ésta obtiene su principio, y a esta luz hay que considerarla, en la promesa evangélica, y que Nuestro Señor revalida en la manifestación a santa Margarita María. La ansiada solemnidad del Corazón de Jesús en su universalidad (1856) se materializará cuando la caridad divina empape e informe todo el orbe humano: reinado del Corazón de Jesús. El padre Ramière hizo de la oración del padrenuestro enseña del Apostolado de la Oración, asumiendo la imagen de la misma caridad divina en un clamor universal: «¡Venga a nosotros tu Reino!». En el aspecto doctrinal, lo desenvuelve en dos líneas de trabajo, de las que una, su atención sistemática como esperanza teológica, y otra, mes a mes, como quien parte el pan a los pequeños. Esta última son páginas destiladas en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, de donde tomamos un párrafo de la primera entrega (abril 1863, p. 151-163). Su conjunto se recogería en un volumen póstumo: *El reinado social del Corazón de Jesús* (Toulouse, 1892, 649 pág.).



Vidriera en la iglesia de Notre-Dame-de-Assomption (Auvers-sur-Oise): Francia ofrece Montmartre al Corazón de Jesús. (Fotografía, Freihalter, en wikimedia commons).



Hace 75 años

La paz no es la ausencia de guerra, sino la tranquilidad del orden

Ibón Elósegui

San Agustín sintetizó de manera admirable el sentido profundo de la paz. Lejos de reducirse a la simple ausencia de guerra o de violencia, la paz hunde sus raíces en el amor y en el orden que brota de él. Por eso definió la paz como «la tranquilidad del orden», siendo el orden «la disposición que asigna a cada cosa su lugar».

Si aplicamos esta idea a nuestro tiempo, podríamos pensar en la situación de la mayoría de los países europeos. Frente a tantos lugares del mundo donde la guerra devasta pueblos enteros, debemos dar gracias a Dios por la «paz» de la que gozamos. Esa ausencia de conflicto nos permite desarrollar la vida social y comunitaria, con frutos para las personas y para el bien común.

Pero, ¿podemos afirmar que vivimos en una verdadera paz, según el sentido agustiniano? ¿Es esta tranquilidad fruto de un orden justo, o más bien de una comodidad que evita el conflicto sin sanar las raíces del desorden? ¿En qué –o en quién– se apoya realmente ese orden? ¿No se habrá sustituido el término de orden por el de comodidad?

A modo de reflexión, traemos en esta sección Hace 75 años (octubre de 1950) un artículo de san Cipriano, obispo y mártir del siglo III, conocido por su defensa de la fe y su empeño en reconciliar a los cristianos que habían apostatado durante las persecuciones. Esas persecuciones, curiosamente, siguieron a períodos de «paz»: una paz aparente, no la verdadera que trae Cristo. Porque solo la paz que nace del orden del amor de Dios puede dar al alma y a la sociedad la verdadera tranquilidad del orden.

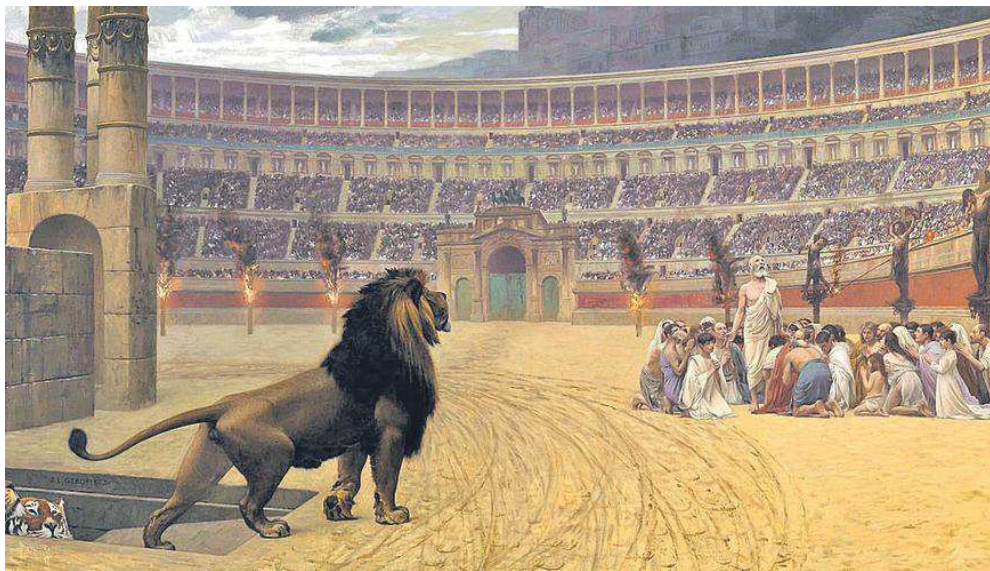
Una larga paz puso en peligro la fe – San Cipriano

I. La caída

¡Cuántos llegaron a procurar que no se difiriese su caída!

El decreto de persecución dado por Decio les cogió desprevenidos. No se hallaban «preparados» para la lucha; y así la apostasía superó en mucho la esperanza de los paganos.

«No esperan, dice san Cipriano, ser presos para negar después de interrogados. Muchos, vencidos antes de la batalla, postrados antes de obligarles a ello, ni el honor de parecer obligados a sacrificar a los ídolos quisieron guardarse. Corren al Foro, se acercan espontáneamente a la ruina, como si ya de tiempo la deseasen, como si consiguiesen por fin la ocasión tan ansiada. ¡Cuántos



y hacérselo propicio. Pues hemos de tener entendido y confesar que la turbia torrentada de esta persecución que ha devastado en su mayor parte nuestro rebaño y continúa devastándolo, ha venido como consecuencia

de nuestros pecados, en tanto que no seguimos los caminos del Señor y no observamos los celestiales preceptos, que nos fueron dados para nuestra salvación (...).

Pidamos y lo tenemos concedido

«Pidamos desde lo íntimo del corazón y con toda el alma la misericordia divina, puesto que Dios ha dicho: “No apartaré de ellos mi misericordia”. Pidamos y lo tenemos concedido; y si hubiere demora o tardanza en el recibir por cuanto hemos ofendido gravemente a Dios, llamemos; pues también al que llama se le abre, con tal que sean las que llamen a la puerta nuestras preces y gemidos y nuestras lágrimas, en las cuales es preciso que insistamos y nos detengamos, y con tal que la oración sea unánime. [...]»

Sin intermisión en el pedir, roguemos

»Nosotros, en tanto, sin intermisión en el pedir, y con la fe de que alcanzaremos, con simplicidad y unanimidad roguemos al Señor pidiendo con gemidos y llanto como deben orar quienes moran entre cristianos que caen y luego se lamentan y otros que están con el temor de caer entre el estrago de muchos débiles y la firmeza de unos pocos que continúan en pie. Pidamos que luego vuelva la paz; que pronto se nos envíe socorro a nuestros escondrijos y peligros, que se cumpla lo que el Señor se digna revelar a sus siervos, la restauración de su Iglesia, la seguridad de nuestra salvación, la serenidad después de las lluvias, después

fueron despedidos de allí al acercarse la noche! ¡Cuántos llegaron a rogar que no se difiriese su caída! (...)

»Y para muchos ni su misma ruina fue suficiente. Con las exhortaciones mutuas el pueblo fue empujado a la ruina; fue esparcida entre ellos la muerte en mortífera bebida; y para que nada faltase al cúmulo de crímenes, los mismos niños, llevados o arrastrados de la mano de sus padres, perdieron siendo párvulos lo que inmediatamente después del nacimiento habían conseguido» (san Cipriano. *De Lapsis*, VIII-IX).

II. Sus causas

La traición de una larga paz

Los cristianos primitivos vivían siempre en una santa tensión que consideraban indispensable como «preparación» para el martirio. A los cristianos africanos les parecía, sin embargo, que la paz de que gozaban había ahuyentado para siempre el peligro de las persecuciones. No sólo ya no se «preparaban» para un martirio que no creían probable, sino que, como es natural en el hombre, siguiendo por ese camino de la «distensión» llegaron fácilmente a la «relajación».

«El Señor quiso probar a su familia —nos dice el santo obispo cartaginés—; y pues una larga paz había corrompido la disciplina que se nos había confiado, la censura divina levantó nuestra yacente y casi, por así decirlo, muerta fe» (*De Lapsis*, V).

«Se desvivían por acrecentar

cada uno su propio patrimonio, y olvidando lo que bajo los Apóstoles hacían los creyentes o lo que siempre deben hacer, velaban, en el ardor de su deseo, por medrar en sus riquezas. No había religión devota en los sacerdotes ni fe íntegra en los ministros, ni misericordia en las obras, ni disciplina en las costumbres. Afeitada barba, los varones; las mujeres, acicalado cuerpo, ojos adulterados después de salir de la mano de Dios, cabellos teñidos con engaño. Fraudes apasionados para engañar los corazones simples; astutas amistades para acechar a los hermanos. Se juntan a los infieles con el vínculo del matrimonio y prostituyen a los gentiles los miembros de Cristo. [...]» (*De Lapsis*, VI).

III. La influencia de un santo

Se hallaba en lo más crudo de la persecución de Decio cuando san Cipriano dirigió a su clero la carta de donde extractamos los siguientes párrafos:

Es preciso gemir con lágrimas para aplacar a Dios

«Aun cuando sé, hermanos carísimos, que por el temor que todos debemos tener a Dios, también vosotros os dedicáis ahí con insistencia a las continuas oraciones y preces diligentes, sin embargo también yo quiero amonestar personalmente a vuestra religiosa solicitud que es preciso gemir, no ya con sola la voz, sino también con lágrimas y toda suerte de ruegos para aplacar a Dios

de las tinieblas, la luz, después de las borrascas y torbellinos, la plácida calma, [...]» (carta XI, en *Cartas selectas*, Aspas, 1946).

IV. La victoria

Pasada la lucha, otras cuestiones amenazaban de nuevo a la Cristianidad. Por una revelación conoció san Cipriano que amagaba una nueva persecución. Pero esta vez el enemigo no logrará la victoria. El Pastor que ha sostenido el rebaño en medio de la ruina, lo preparará para la próxima batalla.

Una lucha más grave y feroz amenaza.

«Y no creamos que será lo que viene como lo que ya pasó —les dice—. Una lucha más grave y feroz amenaza, para la cual deben prepararse los fieles con una fe incorrupta y una virtud robusta, consideran-

do que cada día beben la sangre de Cristo, para que puedan derramar la suya propia por la causa de Cristo» (Ep. LVI).

A nadie le aterre la persecución futura

San Cipriano ve que se acerca fatal la tempestad, pero ve también la misericordia divina tendiendo las manos a sus escogidos.

«A nadie de vosotros, hermanos carísimos, le aterre el miedo de la persecución futura, ni la venida inminente del Anticristo, hasta el punto de afrontar la lucha sin las armas de las exhortaciones evangélicas, de los preceptos y de los avisos divinos. Viene el Anticristo, pero sobreviene Cristo; avanza y se enfurece el enemigo, pero en seguida viene el Señor a vengar nuestros sufrimientos y nuestras heridas;

arde en ira el adversario y amenaza, pero existe quien puede librarnos de sus manos. A aquel debemos temer cuya ira nadie puede evadir, habiendo Él mismo dicho: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a aquel que puede echar cuerpo y alma en el Infierno» (...).

Puesta la confianza en Dios, les propone el santo la formación de una milicia espiritual.

«Y no tomamos el nombre de milicia —dice— de modo que debamos sólo pensar en la paz y recusar la lucha. Armémonos, pues, carísimos hermanos, para la lucha con un alma pura, con fe íntegra, con virtud devota. Ármense los íntegros, no caiga el íntegro que poco ha se mantenía en pie; ármense los caídos para que el caído recobre lo que perdió» (Ep. LVI).

Newman y su gran enemigo

Me alegra decir que me he opuesto desde el comienzo a un gran mal. Durante treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo en religión. ¡Nunca la Santa Iglesia necesitó defensores contra él con más urgencia que ahora, cuando desafortunadamente es un error que se expande como una trampa por toda la tierra! Y en esta ocasión, en que es natural para quien está en mi lugar considerar el mundo y mirar la Santa Iglesia tal como está, y su futuro, espero que no se juzgará fuera de lugar si renuevo la protesta que he hecho tan a menudo.

El liberalismo religioso es la doctrina que afirma que no hay ninguna verdad positiva en religión, que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que va ganando solidez y fuerza diariamente. Es incongruente con cualquier reconocimiento de cualquier religión como verdadera. Enseña que todas deben ser toleradas, pues todas son materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento o gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y está en el derecho de cada individuo hacerle decir tan sólo lo que impresiona a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe.

San J.H. Newman, discurso al recibir el Biglietto que le anunciaba su designación Cardenalicia (1879)



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

En el 1700 aniversario del Concilio de Nicea

LA celebración del 1700 aniversario del Concilio de Nicea –primer Concilio ecuménico y gran victoria de la ortodoxia– ha sido el principal acontecimiento eclesial de este último mes.

En la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo, el papa León XIV publicaba una carta apostólica–*In unitate fidei*– para conmemorar esta efeméride y alentar en toda la Iglesia un renovado impulso en la profesión de fe en Jesucristo, Hijo de Dios. Una fe recibida de los Apóstoles que el Concilio definió con clara conciencia de que debía permanecer ya para siempre como algo inamovible.

Como afirma el Sumo Pontífice, éste es el corazón de la fe cristiana y la substancia de nuestra esperanza en los tiempos difíciles que vivimos, en medio de muchas preocupaciones y temores, amenazas de guerra y violencia, desastres naturales, graves injusticias y desequilibrios, hambre y miseria sufrida por millones de hermanos nuestros.

Los Padres de Nicea quisieron permanecer firmemente fieles al monoteísmo bíblico y al realismo de la Encarnación. Quisieron reafirmar que el único y verdadero Dios no es inalcanzablemente lejano a

nosotros, sino que, por el contrario, se ha hecho cercano y ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo. Un Dios que, siendo Dios, descendió y se hizo hombre para divinizarnos a nosotros y que, como señala el Papa, nada tiene que ver con la auto-deificación del hombre sino con su verdadera humanización. Y qué actualísima resulta la meditación de estas verdades de nuestra fe, en las que podemos profundizar también mediante el estudio del documento recientemente publicado por la Comisión Teológica Internacional: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. El 1700 aniversario del Concilio Ecuménico de Nicea*.

En este contexto de la profesión de fe de Nicea y las posteriores profundizaciones de Calcedonia y Constantinopla el Papa se pregunta: «¿Qué ha sido de la recepción interior del Credo hoy? ¿Sentimos que concierne también a nuestra situación actual? ¿Comprendemos y vivimos lo que decimos cada domingo, y lo que eso significa para nuestra vida?

»El Credo de Nicea nos invita a un examen de conciencia. ¿Qué significa Dios para mí y cómo doy testimonio de la fe en Él? ¿Es el único y solo Dios realmente el Señor de la vida, o hay ídolos más importantes que Dios y sus mandamientos? ¿Es Dios para mí el Dios viviente, cerca-



León XIV junto a la orilla del lago de Iznik, que ha sido identificado como el punto exacto donde tuvo lugar el Concilio de Nicea.

no en toda situación, el Padre al que me dirijo con confianza filial? ¿Es el Creador a quien debo todo lo que soy y lo que tengo, cuyas huellas puedo encontrar en cada criatura? ¿Estoy dispuesto a compartir los bienes de la tierra, que pertenecen a todos, de manera justa y equitativa? ¿Cómo trato la creación, que es obra de sus manos? ¿La uso con reverencia y gratitud, o la exploto, la destruyo, en lugar de custodiarla y cultivarla como casa común de la humanidad?»

Para concluir, el papa León XIV llama la atención sobre el altísimo valor ecuménico del Concilio de Nicea y la necesidad de caminar juntos hacia la unidad y la reconciliación entre todos los cristianos de manera que nuestro ministerio pueda ser creíble para todos los hombres, encomendando esta gracia al Santo Espíritu de Dios.

Pocos días después de la publicación de la carta apostólica el Santo Padre tomó el avión hacia Ankara para realizar su primer viaje apostólico a Turquía y el Líbano, donde además de confortar a los fieles que viven en esos países de mayoría musulmana el Papa quiso reunirse con los líderes de las comunidades cristianas separadas en el mismo escenario en que tuvo lugar el Concilio de Nicea.

De hecho, uno de los principales objetivos de esta conmemoración, según quedó recogido en la declaración conjunta firmada por el Papa y SS. Bartolomeo I en Estambul, ha sido el de afrontar los numerosos desafíos ecuménicos de nuestro tiempo para poder dar nuevos y valientes pasos en el camino hacia la unidad a la luz del mismo Espíritu Santo que habló a través de Nicea.

En el encuentro de oración que tuvo lugar el 28 de noviembre en la catedral del Espíritu Santo de Estambul, el papa León XIV recordó la larga y rica tradición cristiana de esas tierras –donde se celebraron los primeros ocho concilios ecuménicos– y animó a mirarla con los ojos de Dios para poder descubrir cómo Dios ha escogido el camino de la pequeñez para descender en medio de nosotros. «Esta lógica de la pequeñez es la verdadera fuerza de la Iglesia, (...) [que] vive de la luz del Cordero y, reunida en torno a Él, es impulsada por el poder del Espíritu Santo en los caminos del mundo». El Papa acabó su intervención destacando un triple desafío planteado por la conmemoración del 1700 aniversario de Nicea: la importancia de acoger la esencia de la fe y del ser cristianos, la urgencia de redescubrir en Cristo el rostro de

Dios Padre y la mediación de la fe y el desarrollo de la doctrina en los lenguajes y categorías del contexto en el que vivimos.

Esa misma tarde el Papa tuvo también un **encuentro ecuménico de oración cerca de las excavaciones arqueológicas de la antigua basílica de San Neófito en Iznik** en el que insistió en la importancia de la confesión de fe cristológica de Nicea en el camino que los cristianos están recorriendo hacia la plena comunión y el escándalo que suponen las divisiones que, lamentablemente, aún existen.

El domingo 30 el Santo Padre visitó la **catedral armenia apostólica de Estambul**, donde agradeció a Dios el valiente testimonio cristiano del pueblo armenio a lo largo de los siglos, a menudo en circunstancias trágicas, insistiendo de nuevo en la necesidad de recuperar la unidad

Los Padres de Nicea quisieron reafirmar que el único y verdadero Dios no es inalcanzablemente lejano a nosotros, sino que, por el contrario, se ha hecho cercano y ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo.

que existió en los primeros siglos entre la Iglesia de Roma y las antiguas Iglesias orientales.

El día siguiente y ya en el Líbano se reunió con los obispos, sacerdotes, consagrados y operadores pastorales de ese país en el santuario de **Nuestra Señora del Líbano en Harissa**. Después de escuchar diversos testimonios el Papa entregó una rosa de oro a ese santuario, gesto antiguo que, entre otros significados, tiene el de exhortarnos a ser

perfume de Cristo con nuestra vida, perfume que «no es un producto costoso reservado a unos pocos que pueden permitírselo, sino el aroma que se desprende de una mesa generosa en la que hay muchos platos diferentes y de la que todos pueden servirse juntos».

En el viaje tampoco podía faltar el **encuentro del papa León con los jóvenes**, que le dieron una calurosísima bienvenida en la explanada frente al Patriarcado de Antioquía de los maronitas en Bkerké y a los que alentó a poner su esperanza en Cristo y no en una idea, un contrato o un principio moral. «El verdadero principio de vida nueva es la esperanza que viene de lo alto: ¡es Cristo! Jesús murió y resucitó para la salvación de todos. Él, el que vive, es el fundamento de nuestra confianza; Él es el testigo de la misericordia que redime al mundo de todo mal».

EL viaje apostólico concluyó el martes con la santa Misa en la zona del «Beirut Waterfront», en la que el Papa agradeció al Señor todos los dones recibidos durante esos días e hizo de nuevo un enérgico llamamiento en favor de la paz.

Sobre el diaconado femenino

El papa Francisco, en diversas ocasiones, impulsó el estudio del posible acceso de las mujeres al diaconado.

La primera comisión que trató el tema, basándose en la investigación histórica, declaró que «la Iglesia ha reconocido el título de diácono/diaconisa en diversas épocas, lugares y formas como referido a las mujeres, pero atribuyéndole un significado no unívoco», es decir, que no fue concebido como el simple equivalente femenino del diaconado masculino y no parece haber tenido un carácter sacramental.

Sin embargo, como afirmó el papa Benedicto XVI, una perspectiva puramente histórica no nos permite alcanzar una certeza definitiva sino que la cuestión debe decidirse a nivel doctrinal.

Por este motivo, una segunda comisión ha continuado el estudio de las cuestiones relativas a la ordenación de mujeres como diáconos desde un punto de vista teológico y pastoral entre 2021 y 2025.

En la segunda sesión, celebrada en julio de 2022, en un intento de llegar a una formulación sinérgica, la comisión afirmó que «el *status quaestionis* en torno a la investigación histórica y la investigación teológica, consideradas en sus recíprocas implicaciones, excluye la posibilidad de proceder en la dirección de la admisión de las mujeres al diaconado entendido como grado del sacramento del Orden. A la luz de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del magisterio eclesiástico, esta valoración es sólida, aunque no permite formular hoy un juicio definitivo, como en el caso de la ordenación sacerdotal».

Resumiendo el trabajo de las comisiones mencionadas, el cardenal Giuseppe Petrocchi, presidente de la segunda comisión, publicó el pasado 4 de diciembre una nota en la que afirma que «el conjunto de la documentación demuestra una intensa dialéctica teórica y existencial entre dos orientaciones teológicas (como también lo demuestran los resultados de algunas votaciones de las comisiones). Una de ellas insiste en que la ordenación del diácono es «*ad ministerium*» y no «*ad sacerdotium*»: este factor abriría el camino a la ordenación de diaconisas. La otra, sin embargo, insiste en la unidad del sacramento del Orden, junto con la significación sponsal de sus tres grados, y rechaza la hipótesis de un

diaconado femenino. También señala que, si se aprobara la admisión de mujeres al primer grado del Orden, su exclusión de los demás grados sería inexplicable.

«Los pronunciamientos de estas “escuelas” teológicas opuestas y la falta de convergencia en polarizaciones doctrinales y pastorales fundamentales –continúa monseñor Petrocchi– motivan el mantenimiento de un enfoque prudencial sobre la cuestión del diaconado femenino. Este enfoque debería respaldarse con investigaciones globales cada vez más sólidas, orientadas, con visión de futuro, a explorar estos horizontes eclesiales.

»En este contexto, parece esencial, como requisito previo para un mayor discernimiento, fomentar un examen crítico riguroso y amplio del “diaconado mismo”, es decir, de su “identidad” sacramental y su “misión” eclesial, aclarando ciertos aspectos estructurales y pastorales que actualmente no están plenamente definidos. En esta “diaconía hacia la verdad”, la Iglesia debe actuar con “parresía” evangélica, pero también con la necesaria libertad de evaluación y transparencia discursiva».

Para acabar monseñor Petrocchi destaca la unanimidad existente en las diversas comisiones respecto a la necesidad de ampliar los «espacios comunitarios» para que las mujeres puedan expresar una adecuada participación y corresponsabilidad en los órganos de decisión de la Iglesia, incluso mediante la creación de nuevos ministerios laicos, y la urgencia de valorar la «diaconía bautismal» como fundamento de todo ministerio eclesial. Por último, afirmó que es necesario comprender y desarrollar cada vez mejor la «dimensión mariana», alma de toda «diaconía» en la Iglesia y en la humanidad.



Actualidad política

Jorge Soley Climent/Piero Viganego Busquets

Aborto: El príncipe Alberto de Mónaco dice NO

EL pasado 19 de noviembre, en una entrevista concedida al diario *Monaco-Matin*, con motivo de la Fiesta nacional, el príncipe Alberto II, que desde 2005 gobierna el Principado de Mónaco, confirmó su negativa a dar curso a la propuesta de ley destinada a ampliar las posibilidades de aborto. «Comprendo la delicadeza del tema y las emociones que puede suscitar», declaró el soberano, añadiendo que debe respetar



Alberto de Mónaco

su fe y «el papel que la religión católica ocupa en nuestro país».

Alberto II decidió pues no promulgar el proyecto de ley aprobado por el parlamento del Principado de Mónaco el pasado mes de mayo (19 votos a favor y dos en contra), cuyo objetivo era legalizar el aborto vo-

luntario hasta las doce semanas, ampliar el límite a dieciséis semanas en caso de violación y reducir la edad de consentimiento para el aborto de 18 a 15 años. Al justificar su decisión, el soberano ha recordado que la Constitución del Principado reconoce el catolicismo como religión del Estado; y que la Iglesia enseña que la vida de un no nacido es un bien no negociable, más allá de cualquier lógica utilitaria o funcional: el aborto directo es siempre moralmente ilícito. La *Evangelium vitae* es explícita al juzgar radicalmente injusta cualquier ley que autorice el aborto: tales normas «son leyes carentes de auténtica validez jurídica» y, por lo tanto, «no crean ninguna obligación» (EV, 72-73). San Juan Pablo II hablaba de una «trágica apariencia de legalidad» y advirtió de que una democracia que permite la eliminación de los más débiles «se encamina hacia una forma de totalitarismo sustancial» (EV, 20). Por lo tanto, el aborto nunca puede ser disfrazado como un derecho, porque niega el primero y más elemental de los derechos humanos, el derecho a la vida.

En un contexto de generalización y banalización del aborto, con múltiples presiones de todo tipo a favor del aborto, el Principado de Mónaco y su príncipe Alberto nos muestran algo para muchos incómodo: es posible poner límite a la masacre gene-

ralizada de niños en el seno materno. El gesto del príncipe Alberto es comparable, con ciertos matices, al famoso episodio del rey Balduino de Bélgica en 1990.

El príncipe de Mónaco conserva una serie de prerrogativas reales que forman parte integral del equilibrio institucional del país. Entre ellas, una facultad decisiva: las leyes no pueden entrar en vigor sin su firma. Esto no convierte al monarca en legislador, pero sí en garante de que las normas aprobadas respeten la identidad histórica, moral y constitucional del Principado. El orden jurídico, las instituciones y la cultura social de Mónaco reposan sobre su identidad católica. Cuando el príncipe afirma que la reforma sobre el aborto no es compatible con «lo que somos», se limita a defender el marco constitucional-cultural que él tiene la obligación de proteger.

En Bélgica, donde el rey no puede vetar leyes, se declaró la «imposibilidad de reinar» de Balduino durante 36 horas, de modo que el Gobierno promulgó la ley del aborto sin él. Bélgica no pudo forzar al monarca a traicionar su conciencia. Incluso un rey con poderes puramente simbólicos conserva una dimensión moral que las instituciones deben respetar. Desde España miramos con envidia cómo en otros países la monarquía aún cumple una función real: ser la última instancia que vela por la justicia y la naturaleza profunda del país, los guardianes del alma de sus naciones.

Tensión y amenazas entre Estados Unidos y Venezuela

La creciente tensión entre Estados Unidos y Venezuela ha configurado en los últimos meses un esce-

nario que recuerda peligrosamente a un pasado no tan lejano. El gobierno de Trump ha desplegado en el Caribe una fuerza aeronaval relevante, con más de una decena de buques y miles de efectivos bajo la bandera de la lucha antidrogas. Simultáneamente, el Departamento del Tesoro y el Departamento de Estado han designado

Caribe es hoy marginal. Aun así, la situación en Caracas es tensa. Maduro es consciente de que estas acciones podrían ser el preludio de algo mayor, y se encuentra en un estado de temor palpable.

Resulta innegable la dramática situación que vive Estados Unidos (y la mayor parte del planeta) con res-



Buque de guerra enviado por EEUU al Caribe

al llamado Cartel de los Soles (redes de corrupción y militares venezolanos involucrados en el narcotráfico) como organización terrorista, abriendo la puerta a acciones más punitivas contra el Estado venezolano. En sus últimas intervenciones, Trump ha repetido numerosos ataques contra Nicolás Maduro, acusándolo de «cabecilla narcoterrorista».

La estrategia política ha tenido ya consecuencias visibles. Las fuerzas militares estadounidenses han perpetrado una serie de bombardeos y ataques a lanchas utilizadas por narcos frente a las costas venezolanas. La Administración Trump ha insistido en que cada lancha destruida «salva miles de vidas estadounidenses», aunque es patente que el volumen del narcotráfico marítimo por el Ca-

pecto a las drogas. El país atraviesa una sobreoferta histórica de cocaína y una transformación del mercado motivada por un aumento significativo de la producción. El precio de la cocaína ha caído a la mitad comparando con cinco años atrás, y las políticas de Gustavo Petro, presidente de Colombia, han supuesto que las plantaciones se multipliquen.

Sin embargo, no es menos cierto que la raíz del problema no parece estar en Venezuela. De hecho, el país apenas produce cocaína, ni fentanilo, ni ninguno de sus precursores químicos. Su rol, en el mejor de los casos, es el de un punto de distribución secundario. En términos de incidencia real sobre el mercado estadounidense, se calcula que Venezuela apenas representa un 5%

del flujo total de droga, muy lejos del peso de las rutas del Pacífico o de los cargamentos que viajan en contenedores marítimos, camiones o aviones. Por tanto, la insistencia en bombardear lanchas venezolanas parece claro que obedece a otra lógica.

En efecto, existen otros hechos que apuntan a motivaciones políticas. Como que Venezuela posee las mayores reservas de petróleo del planeta, un recurso estratégico cuya importancia, lejos de disminuir, se ha vuelto más crítica en un entorno internacional marcado por la guerra en Europa, la incertidumbre energética y la competencia entre grandes potencias. Estados Unidos no puede permitirse un país alineado con Rusia y China a pocas horas de navegación de sus costas. También tiene su peso el hecho de que Venezuela esté gobernada por un tirano deslegitimado, al que no reconocen numerosos países después de la burda manipulación electoral para aferrarse al poder y que es un importante factor de desestabilidad para toda la zona. Al mismo tiempo, la coyuntu-

ra puede abrir la posibilidad de que Rusia, tras negociar con Trump los aspectos de una propuesta de paz para Ucrania (en la que Zelenski se convierte en un humillado perdedor de la guerra), no se oponga frontalmente a una acción estadounidense en Venezuela. Actualmente, la alianza de Venezuela con Moscú es más simbólica que estratégica en términos militares reales. Si Washington interpreta que tiene luz verde tácita, la tentación de una intervención podría crecer. Por otro lado, en cuando a la política interna, en 2026 se celebrarán las elecciones de medio mandato norteamericanas, y estas acciones podrían ayudar al Partido Republicano a movilizar el voto hispano conservador.

En resumen, la nueva amenaza militar de Estados Unidos contra un país tercero presenta una versión oficial y posibles motivaciones alternativas. De nuevo, detrás de este impulso se encuentra el sector neoconservador del gobierno, con figuras como Marco Rubio o Pete Hegseth, impulsores de la misma lógica que justificó la invasión de Irak. En

este sentido la historia reciente ofrece advertencias claras. Afganistán, Irak, Libia: todas presentadas como operaciones necesarias y de corta duración, todas convertidas en largos laberintos geopolíticos. Una hipotética intervención militar traería, de nuevo, importantes interrogantes, como la gestión del vacío de poder, la ocupación de un país extenso, cómo evitar que se desencadene una guerra civil, un colapso migratorio, o la proliferación de grupos criminales transnacionales, etc. Es por ello que lo más probable es que se mantenga la presión sobre el régimen venezolano pero sin llegar a una intervención directa sobre el terreno.

Trump se enorgullece de no haber iniciado una nueva guerra durante su primer mandato e insistió en su promesa de mantener la misma postura en su segundo mandato, pero la tensión sigue aumentando. Entre el instinto no intervencionista de Trump y las querencias de los muy relevantes cargos neoconservadores de su administración veremos quién se impone en el modo de abordar el problema venezolano.

Conciencia y verdad en Newman

Para Newman «conciencia» significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia, religión y moral, una verdad, la verdad. La conciencia a Newman le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla y de someterse a ella allí donde la encuentre. El camino de las conversiones de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría. Su tercera conversión, la del Catolicismo, le exigía abandonar casi todo lo que le era querido y apreciado: sus bienes y su profesión; su título académico, los vínculos familiares y muchos amigos. La renuncia que la obediencia a la verdad, su conciencia, le pedía, iba más allá.

Benedicto XVI a la Curia romana (20/12/2010)



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

🖱 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 94 33



Colabore en la difusión
CRISTIANDAD
¡Suscriba a un amigo!

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

Suscripción España (papel)	50 euros
Suscripción fuera de España (papel)	65 euros
Suscripción en formato digital	20 euros
Suscripción de colaborador (papel)	80 euros

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria

- Ingreso en cuenta:

ES18-2100-1366-12-0200082911

(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



Los salmos como los rezaba la Sagrada Familia

Macaya Pascual, Antonio

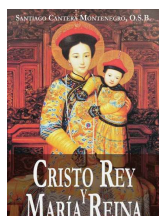
Editorial: Didacbook

1008 páginas

Precio: 59,95€

Este libro no es una mera recopilación ni un comentario académico al uso. Es fruto de la meditación y del rezo paciente de un pobre diácono que, a lo largo de los años, ha profundizado en el breviario y en el sentido de cada salmo.

Si deseas entrar en esta experiencia, en estas páginas hallarás un conjunto de salmos esenciales, escogidos para iluminar el caminar del creyente. Quien ora con los salmos nunca está solo. Su oración se une a la de la Iglesia, a la de los santos, a la del mismo Cristo.



Cristo Rey y María Reina

Cantera Montenegro, Santiago

Editorial Xerion

198 páginas

Precio: 15,00€

Cantera sigue las enseñanzas de Pío XI sobre la realeza de Jesucristo, la institución de la fiesta de Cristo Rey y la invocación de la Santísima Virgen como Reina de la Paz, proclamación que realiza en el más que complicado periodo de entreguerras. En este contexto se hace especial incidencia en las repercusiones que esta encíclica tuvo en el mundo hispánico, y en los católicos de todas las clases sociales que se alzaron en defensa de la religión, conociendo en muchos casos la palma del martirio. El siguiente hito al que hace referencia es a Pío XII y su encíclica *Ad Coeli Reginam* (1954), por la que instituyó la fiesta de Santa María Reina, en su desarrollo de la doctrina de la realeza mariana coronada con la proclamación del dogma de la Asunción de María a los Cielos.



Maestros del pensamiento católico del siglo XX

Herrán Monge, Daniel

Guillermo Escolar Editor

223 páginas

Precio: 21,00€

Esta obra expone las aportaciones teóricas de los más importantes protagonistas del resurgir del pensamiento católico en el siglo XX en España e Hispanoamérica: Francisco Elías de Tejada, Juan Vallet de Goytisolo, Osvaldo Lira, Francisco Canals, Álvaro d'Ors, José María Petit Sullá, Leopoldo Eulogio Palacios y Rafael Gamba Ciudad.

Y lo hace de la mano de la voz autorizada de varios de sus discípulos directos: José Miguel Gamba Gutiérrez, Miguel Ayuso Torres y Enrique Martínez García, acompañados en esta empresa por voces más jóvenes, pero no menos esclarecedoras.



LA HUMILDAD DE DIOS

Una hija del hombre pasó a ser Madre de Dios; para ella, por supuesto, un don de Dios absolutamente inefable, pero para Él, ¡qué condescendencia! ¡Qué vaciamiento de su gloria hacerse hombre! Y no solo ser un niño indefenso, lo cual ya es suficiente humillación, sino heredar todas las flaquezas e imperfecciones de nuestra naturaleza compatibles con su alma sin pecado. ¿Cómo se sentiría, si podemos aventurarnos a decirlo o a admitir semejante reflexión acerca del Infinito, al experimentar por primera vez sentimientos humanos, dolores humanos, necesidades humanas? ¡Que misterio tan grande es, de principio a fin, que el Hijo de Dios se haga hombre! Pues en proporción a la magnitud del misterio son la gracia y la misericordia que entrañan; y como es la gracia, así es la grandeza de sus frutos. Contemplemos atentamente el misterio, y digamos si de esta maravillosa manifestación divina se sigue alguna consecuencia que sea demasiado grandiosa, algún misterio más grandioso, alguna gracia más abrumadora que la que se ha manifestado en la Encarnación y muerte del Hijo eterno.

(...) Cristo, el primer fruto de nuestra raza, Dios y hombre, ha ascendido al Cielo por encima de toda criatura, y nosotros estamos destinados, por su gracia, a esa misma beatitud, habiendo recibido ya aquí una prenda de su gloria, y en la otra vida la plenitud, si nos mantenemos fieles. Si todas estas cosas son así, la lección de alegría que la Encarnación nos da es tan impresionante como la lección de humildad.